

LOS SESENTA

CeDInCI



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

MEXICO, 1965

LOS SESENTA

REVISTA LITERARIA

Lo dice el título. Esta revista se publica durante la sexta década del siglo y sólo colaboran en ella quienes hayan o hubieran cumplido sesenta años. Cuidan de ello y de ella:

RAFAEL ALBERTI

VICENTE ALEXANDRE

DÁMASO ALONSO

MAX AUB

JORGE GUILLÉN

Secretario de Redacción:

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS

Editada por

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esquina Argentina y Guatemala

México 1, D. F.

Toda la correspondencia a

Euclides, 5-3

México 5, D. F.

LOS SESENTA

CeDInCI

LOS SESENTA

CeDInCI

CeDInCI



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

MEXICO, 1964

Todas las colaboraciones son propiedad
de los autores.

Queda prohibida su reproducción.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO — ALFONSO REYES

CORRESPONDENCIA

CeDInCI

CeDInCI

Monsieur le ministre:

Ante todo un abrazo, respetuoso como es de ley y tan apretado como la lejanía lo consienta. He esperado con avidez noticias de su presentación de credenciales que vi en los periódicos del mismo día que usted me las anunciaba en la tarjeta de Gregorio Prieto. Apenas supe que usted era lo que es ya, di una nota en *La Voz* que repercutió al día siguiente en todos los periódicos; y hubiera querido tomar el tren y situarme lo más cerca posible del Eliseo para verle entrar, como un día vi salir a Rubén Darío de su fonda, para ir al palacio de Oriente. Las ganas de tomar el tren todavía no se me han quitado y cuando les dé satisfacción, aún renacerán, apenas vuelto a esta corte y a su casa en ella.

¿De mí, qué le diré? Me conoce usted por dentro, que sin leerme, ya me adivina. Nadie, entre los que se han alegrado de su nuevo cargo alcanza a lo que lo he celebrado yo, pues, además de saberle contento le tengo cerca. Por lo demás creo que México no ha podido tener en París mejor fortuna.

Yo no sé los márgenes de ocio que le dejará la diplomacia en ese puesto: me atrevo a esperar que alguno dará para mí, y la letra del sobre en que hoy me ha llegado

un folletín mallarmeano y neomallarmeano del *Temps* me lo confirma (por cierto que en el mismo correo me lo enviaba también Amós Salvador). Yo quisiera escribirle diez líneas todos los días; pero los más no queda tiempo ni para una. El teatro está tan desatinado como fecundo; y se estrenan diez obras por semana. Ahí tenemos a nuestro Catá —arrimado al buen árbol de Marquina— y cobijado por la buena sombra del éxito más justo —tan triunfador con su *Don Luis Mejía* que ya se cree autor de Don Juan Tenorio, del Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra y aún de la leyenda de Don Juan. Y apenas otra cosa tenemos, en el terreno de las murmuraciones literarias. Si ve el *Sol*, ya verá como vuelvo a “hacer libros”.

Dígame lo que quiere y será servido. Que el ministro, cuando el amigo no pueda, me escriba. Un jueves por la noche le llamaré desde el Palace de París. Entre tanto, nuevos abrazos.

Enrique.

A ver si da con el autor de este soneto inédito que copio de un códice.

SONETO

Hilo delgado de la voz sonora
que arenas rompe cuando perlas cría;
plenilunado rosicler del día
donde lágrimas no, pues ignora;

Más bien diérais calumnias al aurora
si, despojado el cetro y armonía,
del lúcido cristal, el ambrosía,
Eco bebiera cuando ninfas llora.

Soltad la pesadumbre que no es mengua
de vuestro mal en hipo lastimero,
razón inútil de aquel bien pasado.

No ha de maravilliar que vuestra lengua,
no ya pastor, mentido marinero,
vuelva la prez de su esperanza al prado.

(Enero de 1925.)

Querido Alfonso:

No pierde ocasión de que sale carta. El libro de Urbina parece que está en Barcelona, en poder de los Araluce, a donde ya se ha pedido, no sé si para que ellos lo envíen o para remitírselo desde aquí. León Sánchez, a quien acudí como librero y mexicanista, ha quedado en mandárselo con toda urgencia.

Ya recibí la fotografía del PEN. Siento no haber encargado otra, desde el otro lado de la sala, es decir, desde la mesa Joyce: ¿será todavía posible obtenerla?

Tuve la visita de Martín Guzmán. Le declaro que le vi con gusto. Parece decidido a instalarse aquí. Ha encontrado casa en la Avenida de la Plaza de Toros y quiere que sus chicos estudien. Me habló de usted con mucho cariño, y de Pedro Henríquez, de quien tenía menos noticias que yo. . .

También he visto ya a Vasconcelos. Ahora mismo se va de casa, con José María Chacón. Gran efecto de hombre. Tengo ganas de hablar unas cuantas veces con él. Mañana va al *Sol*, en donde le han hecho una entrevista, con una frase, acerca de la cultura francesa, que le chocará a usted; pero como usted verá antes esta carta, sepa que ya

la ha rectificado. Ahora mismo tengo yo sus cuartillas de rectificación.

También ha estado hoy en casa la señora de Icaza. Me escribió ayer, ya tarde, para que fuese a verla; yo me proponía y me propongo —ir hoy a su casa. En mi ausencia me ha dejado unos papeles, un saludo a México, que llevará ella misma, en recuerdo de su marido, firmado por toda la gente de aquí. Porque ella se va a México, el día 18 de este mes, según creo. Supongo a lo que va, y ojalá tenga suerte.

¿Ha visto ya el Góngora de Artigas? Si todavía no lo tiene dígame, porque él querrá de fijo enviárselo. En el C. de E. H. creo que hablan mal. Maeztu, elogiando, ha dicho unas cuantas tonterías en *El Sol*. Yo creo que no es libro bueno, pero sí estimable, y desde luego que tiene importancia.

Estoy atareadísimo. Desde que acabaron mis clases parece que tengo más quehacer. Echo de menos la rue Cortambert y hasta la rue de Chevreuse.

Muchos saludos familiares.

Le saluda

Enrique.

11-VI-25.

Querido Alfonso:

Su carta que recibo hoy me deja helado. Conque ¿es aún posible que usted no venga a Madrid? No lo quiero creer. Cuando me dio la noticia González Martínez, mi primer movimiento tuvo que moderarse porque en realidad quiero a este hombre bueno muy de veras, le veía muy a

gusto aquí, donde tiene cada vez más amigos, y para él era todavía pronto. Solo podía yo admitir, en cambio, a Alfonso Reyes, y con qué alegría no tengo que decirselo.

Pero si Alfonso Reyes no está en París en dónde se le puede ver a cada paso, ¿en dónde puede estar más que en Madrid? Es, pues, necesario que usted venga y yo confío en que no le hagan caso, en que las cosas queden firmes, porque el daño, si para alguien lo hay, ya está hecho y no se remedia.

Hágase otra vez madrileño, Alfonso, no nos le lleven a México o a un país inexistente de Europa o de América. Además ya no le espero yo solo. En casa el pequeño Joaquín salta a la idea de que va a venir Alfonso: es su amigo más fiel, con serlo mucho el grande. Los demás, y también una porción de amigos ya enterados, harían causa común con el arzobispo de Toledo contra el Gobierno mexicano si supieran que no viene usted.

No le retengan las dulzuras de París, Madrid tiene todavía un otoño espléndido, un invierno muy aceptable, una primavera encantadora, y un verano que no se pasa aquí; tiene calles rectilíneas, circulación cada vez más ordenada, casas con baño y calefacción, calles iluminadas con profusión, chicas guapas, vida literaria muy activa, ansia inútil de acontecimientos políticos, estrenos —¡ah de mí!— cada noche... Y me tiene a mí, ¡qué demonio!

Le espero, pues, y para una larga serie de quinquenios. Voy a deshacerme de toda ocupación para los domingos por la tarde. Haremos que venga Justo al Ministerio, o al Consejo de la Economía Nacional, o a la Presidencia, sección de Marruecos. Procuraremos que cada país de América mande aquí sus personas más *personas*. Nos escaparemos juntos a París, aunque sea para llegar por la mañana y salir por la noche. Pero no me escriba cartas tan emo-

cionantes como la de hoy; la única emoción que le consiento es la que cabe en dos palabras: *llego mañana*.

Un fuerte abrazo, entretanto.

Enrique.

6-X-26.

Río de Janeiro, 12 de mayo de 1930.

Mi querido y muy recordado Enrique:

Esta es una carta muy confidencial y reservada, para usted sólo. ¡Malas costumbres que se adquieren con la diplomacia!

Estuve atento, meses pasados, a ciertas noticias que corrieron sobre un posible viaje de usted a México, pero he visto que el proyecto no se realizó, y lo siento por México. Tal vez nos toque llevarlo a cabo juntos, algún día. . .

No estoy aún en condiciones de contarle nada que valga la pena sobre el Brasil, donde llevo un mes entregado a los horrores de la tournée y los horrores de la instalación. Tampoco anda muy bien la adaptación biológica. Figúrese que hoy cumplo una semana de jaqueca continua, que yo atribuyo, por dignidad, a mi falta de costumbre "geográfica", pero que acaso sea más justo atribuir a las emociones de mi despedida de Buenos Aires, donde decididamente dejé muy hondos y buenos afectos. Me parece que esta sacudida ha sido muy intensa, y que cosas de éstas, y no el simple curso de los años, son las que nos hacen envejecer, las que nos añaden edad. Al hacerme el pelo en Río por primera vez, descubrí una inesperada cosecha de ceniza en las sienas.

Voy a ver si hago algo aquí en relación con el PEN Club recién fundado en Buenos Aires. ¿Cómo va el de

Madrid? Tengo, más que el deseo, la necesidad de publicar un plieguecito casi periódico que me sirva como correo literario entre mis amigos, aunque sea para no sentirme muy solo. Porque aquí me siento así, francamente. Es el único país donde he sentido esto. Veremos más adelante, pues acaso todo se explique por el índice de lentitud que lleva la vida, y yo lo deseaba todo de una vez, desde el primer momento. Como quiera, ésta es —de siempre— la tierra de la saudade.

Ya sabe usted que hablé con Venegas cuando éste anduvo por Buenos Aires. De ahí resultaron dos proposiciones, que ahora Pedro Sáinz me hace ya en firme: 1ª que ceda yo la exclusiva de mis libros a la CIAP, y 2ª que me encargue yo de representarlos para sus relaciones con la literatura americana, invitando a los autores, quizá creando la o las series americanas, etc. (entiendo, y por ahora creo que así debe ser, que este segundo trabajo sería honorario). Pues bien —aquí viene el punto—: yo no puedo hacer nada de esto sin el consejo y la opinión de usted. Estoy lejos de España, y puedo no ser muy claro. ¿Qué le parece a usted? Dése una tregua ahora mismo, y contésteme a vuelta de correo con la franqueza que siempre ha reinado entre nosotros. La cosa en sí ¿vale la pena? ¿Y vale la pena para aceptar las dos combinaciones, o una sola, y cuál de ellas? ¿Cuál es la postura de la CIAP ante los amigos? ¿Y ante Calpe? ¿Cuál su seriedad económica y editorial? (¿Ya usted sabe que aquellos sueños míos de que me imprimieran mis libros en Calpe pararon en una invitación de compromiso para publicarme, por vía de ensayo, una o dos obras? Invitación que decidí agradecer y guardar para cuando se me ofreciera, puesto que no era eso lo que yo quería.)

Lo espero, pues. —Saludos a Teresa y sus muchachos de Manuela, Alfonsito y míos. Nuestros hijos se cartean.

Aún no sé cómo resolver el problema de la escuela para Alfonsito. —Un abrazo lleno de recuerdos.

Alfonso Reyes.

Querido Alfonso:

Tiene usted razón para estar enfadado conmigo, si lo está. Pero no ha de estarlo, porque yo confío en que bastará mi letra para quitarle todo recelo e inclinarle al perdón que necesito y reclamo.

Llegó su telegrama a casa cuando yo estaba en Checoslovaquia, y no lo vi hasta la vuelta, y no en seguida. Fui allá, como representante del ministerio de I. P. a una exposición del Libro Español, y, a la ida y la vuelta, conocí algo de Alemania y Austria y me detuve unos días en lo ya conocido de Italia: no pude, sin embargo, llegar a Roma para dar un abrazo a Justo.

El nuevo régimen postdictatorial ha hecho de mí poco menos que un personaje oficial llevándome a la dirección de la Escuela Central de Idiomas —no como favor, sino por ser yo el más antiguo. Esto me da poco dinero (1,500 pts. más al año, es decir, 125 al mes) y algún trabajo y responsabilidad suplementarios. Encontré la Escuela, además, en un estado asimismo postdictatorial y tengo que ir trayéndola a un régimen normal que tiene sus dificultades.

Le explico todo esto no para excusarme, que no tengo excusa, sino para que sepa todo lo que me pasa. Mi ausencia de Madrid duró un mes. Y entre ese mes y el de verano en Guéthary que ya se me agota, tuve otro de tanto quehacer para arreglar la cuestión económica estival que me quedé realmente cansado.

No sé si habrá usted visto a Pedro Sáinz Rodríguez, a

su paso por el Brasil. Es él todo en esa casa editorial que llamamos comúnmente la Ciap (Compañía Iberoamericana de Publicaciones). Me preguntaba usted por su crédito y posibilidades. Ello empezó por no sé qué capiles, avalados por Ignacio Bauer. Luego parece que Bauer se ha apartado del asunto, en que intervenía personalmente; pero que la casa Bauer, lo cual es mejor, tenía parte en el negocio. Negocio muy en grande, dispuesto a acapararlo todo, y a establecer librerías en las principales ciudades. Tiene ya dos en Madrid, la antigua de Fernando Fe y otra en la plaza del Callao. Una nueva en Barcelona, para la que se llevaron a Schumacher (?), y otra en Sevilla, con el hermano de Aguilar al frente. Cobija, como Calpe, varias pequeñas editoriales. Hace revistas de toda índole, y ha asumido la Gaceta Literaria.

Lo que publica es más en cantidad que en calidad. Los pagos no están mal. Se dijo que, en un tiempo, hubo alguna dificultad para descontar las letras en que pagaban. Parece, sin embargo, que, últimamente, o los negocios les van bien, o han encontrado nuevos capitales. El caso es que hoy los pronósticos son buenos. A Valle-Inclán le han hecho, con intervención de M. L. Gúzmán, un contrato excelente. Ojalá lo cumplan ellos, y él sobre todo.

Yo voy a dar algo en la casa. Pero lo primero, un libro que se llama *Los Dioses en El Prado*, se perdió en las oficinas y estuvo sin aparecer casi un año. Me indemnizaron con dos mil pesetas y el libro apareció en junio y va a editarse en octubre. Luego daré otras cosas.

No sé si estas noticias le servirán. Le digo lo que sé y tal como lo sé. Al lado de Pedro Sáinz, y como gerente, está un señor a quien no sé si usted conoce, Manuel L. Ortega. Era conocedor del África próxima, en relación con judíos de Tánger, y publicaba alguna revista africanista. Parece un hombre de negocios.

Recibí su *Monterrey*. Ha sido una excelente idea y ojalá no le pese demasiado para continuarla. No sé qué tal se hallará en ese admirable Río de Janeiro que yo entreví en mi viaje y que me parece uno de los lugares más bellos del mundo. Por ahí estaban Gregorio Reynols el boliviano y Alberto Guillén (¿Alberto Hidalgo?) del Perú, y, con harta frecuencia, Berta Singerman y su marido. ¿Echará usted de menos Buenos Aires? Por Madrid o por París no le pregunto, porque sé sus sentimientos y los confronto con los míos. Cada vez que voy a París, y en los años últimos he logrado ir con cierta regularidad en diversas estaciones (vi nacer en París el año 1930) le echo tanto de menos...

En Guéthary ha estado con nosotros Arturo Pani. Sus hijos y los míos se han hecho muy amigos y las señoras también. Con frecuencia hablamos de ustedes y de México. Este año vino aquí un par de semanas el Abate Mendoza, con cara de desenterrado, de una palidez cenicienta que metía miedo. Creo que está reponiéndose y algo se le nota desde que vino, de una enfermedad que quiso curarse él mismo guardando una dieta casi absoluta, hasta el punto de que el primer remedio que le ordenaron fue una fuerte comida.

También alcancé, invitado por la Legación en España, a ver la semana mexicana con que se clausuró la Exposición de Sevilla. De comisario estaba Orozco Muñoz, y pasé unos agradables días con los Torres Bodet, los González Rojo, que ya se iban a México, el viejecito Urbina y demás, entre el grupo de nuestros amigos y otros menos amigos como Jiménez Caballero. Yo no había visto la Exposición de Sevilla, que me gusta más sin Exposición. El pabellón de México era de los mejores y había en él un tequila delicioso.

Vuelvo a Madrid en seguida. Voy mañana a Irún para

ocuparme de mis billetes, y allí echaré esta carta. Mi temporada de Guéthary ha sido buenísima, y casi milagrosa, vistas mis pocas pesetas y lo que han bajado con relación al franco. Pero lo he visto todo y he paseado por estos pueblos y montañas, me he sumergido en estas olas, y me encuentro en disposición de volver a lo de siempre. Por cierto que he tenido que trabajar a diario para mis periódicos; pero no me pesa el trabajo, hecho aquí, y aun me ayuda a pasar unas horas que si no, puede que fueran inútiles.

Querido Alfonso, no piense mal de mí en ningún momento y con ningún motivo. Yo espero que, como usted me conoce bien, no esperará a que yo se lo diga. La pereza para escribir cartas *is my sin*, como diría Shakespeare. Cito este nombre para buscarme un valedor digno de nosotros. Y, desde luego, le doy palabra de contestarle siempre en las veinticuatro horas, y hasta de escribirle yo sin carta suya en alguna ocasión.

A todos los recordamos mucho. De Manuela y de Alfonso se habla a propósito de todo. Y yo le recuerdo también, aunque no lo parezca. Pero ahora, para recordarle, necesito que usted me diga que le puedo recordar sin remordimiento ninguno.

Reciba un abrazo de su amigo

Enrique.

Guéthary, 26-VIII-30.

Río de Janeiro, agosto 6 de 1931.

Sr. D. Enrique Díez-Canedo.

Madrid.

Mi querido Enrique:

Si yo cediera a mi naturaleza, le escribiría a usted una o dos cartas todos los días. —Ustedes con su España recién creada y sus justos entusiasmos nuevos, tienen para llenar sus horas. Yo, acá, en la última Tule americana, lejos de todo y cada vez más lleno de melancolía, vivo de recuerdos. Se explica perfectamente que eche yo de menos a mis amigos de Madrid mucho más que ellos a mí. Para mí, Madrid es una etapa central de mi vida, un peso definitivo en mi conciencia —lo mejor que me ha dado la tierra después de los años de mi infancia junto a mis padres.

Le quiero pedir a usted dos cosas:

1^a Quiero publicar en libro pequeño ciertas viejas impresiones de Burgos. En una edición como la de la *Fuga de Navidad*, el *Juan Peña*, o *La Saeta* que está para salir en estos días con dibujos de Moreno Villa. —¿Hay por ahí algún artista burgalés a quien pedirle media docena de dibujos? ¿Y si no burgalés, capaz de una interpretación *sentida* de aquel ambiente? Yo quiero cosas simples y fáciles.

2^a ¿Vió usted, en los números 34 y 35 de *Contemporáneos*, ese asunto de los cuadros de Miguel González sobre “La Conquista de México”, que están en el Museo de Buenos Aires? Manuel Romero de Terreros sospecha que son los mismos que se encontraban antaño en el Museo Arqueológico de Madrid. Pero, ¿es que aquéllos han desaparecido? ¿No serán otros los de Madrid? Y si son los mismos ¿quién diablos se los robó y se los dio a Guillermo

MacKinlay, yerno del general Zapiola? ¿Quiere usted emprender o provocar una investigación, cuyos resultados podrían publicarse también en *Contemporáneos*?

Y es todo. —He recibido muy malas noticias de la “Ciap”. No había yo llegado a enviar un solo volumen por fortuna. Acá, entre nos, le diré que mi tardanza no se debe sólo a la prudencia, sino también al disgusto creciente con que considero todos mis libros. Es una pena, Enrique, sentir que nos acercamos a esa isla del alma a la que tenemos que llegar, despojados de ilusiones y de entusiasmos. ¿Qué vendrá después? Para Pascal es muy fácil. Él dice: “¡Arrodíllate!” Pero yo no puedo: no me resulta sincero. ¿Qué haré, Enrique?

Saludos cariñosos de mi casa a su casa. Hemos visto —en una foto de no sé qué baile o “pericón”— a una de sus hijas. Enriquito y Alfonsito se cambian cartas: nos dan el ejemplo.

Pasó Ramón para Buenos Aires. Pasó Ballesteros para Buenos Aires. Y yo aquí, viéndolos pasar a la ida y a la vuelta, en el recodo del camino, con mi vaso en la mano para ofrecerles el trago del estribo. . .

Enrique: escribame un poco. A veces siento que todo eso se cierra y me deja fuera.

Lo abrazo

Alfonso Reyes.

Querido Alfonso:

No se pasa día sin que le recuerde, o lo que es lo mismo, sin que le eche de menos. Pero en cuanto a coger la pluma y escribir, ya es otra cosa. De un lado, mi habitual pereza epistolar, casi invencible. De otro, mi desánimo, que se debe a mi arrancamiento de las ocupaciones habi-

tuales y la falta de una estabilidad que siempre me es muy necesaria. Me consuela el pensar que Teresa ha escrito varias veces, y por ella saben de nosotros. Mis perspectivas son éstas: pasar aquí una temporada, la que sea, mientras no me manden ir a un sitio determinado. Ése, probablemente muy pronto, y con fines concretos, para regresar en seguida, es París. Allá estuve unos días, en el Congreso del PEN Club, en donde tuvimos los españoles, iban conmigo Bergamín y Corpus, un ambiente muy favorable, pero la constante oposición del argentino Sáenz Hayes, que se empeñaba en considerar como términos equiparables a García Lorca y a Calvo Sotelo! En París tuve a Teresa y a los chicos, y luego fui con ellos tres días, a Londres, para ver a la nieta, que está hecha un sol, en las cercanías de los nueve meses, que acaba de cumplir. Volví a Valencia con el Congreso de Escritores Antifascistas. Creo que llevan una gran impresión de nuestra España Republicana. Aun ciertos trances pasados en Madrid les han de fortalecer en su afecto a nosotros. Vi a Rojas Paz, al chileno Alberto Romero, a Carlitos Pellicer, que vino de México con mucha gente más, precedida por Mancisidor, a Marinello y a Nicolás Guillén, de Cuba, y, por supuesto, a nuestros amigos Córdova Iturburo, González Tuñón y Amparo, Delia del Carril y Pablo Neruda. Pero las horas en Valencia son largas y la noche lo es más que el día sin posibilidades de transnochar. Esto para mí es trágico. Veo a mi hijo, que estaba en el Instituto de Matán, y ahora está aquí, dedicado a cosas de cine, con Arturo Ruiz Castillo (ya recuerda usted la película de propaganda que ellos hicieron) y tengo un grupo de amigos, Amós, Juan de la Encina, León Felipe, 76 muchos, sin contar a los políticos, desde Azaña, con quien he pasado algún día en su residencia. Alfonso, nada de esto me hace olvidarle, al contrario. Me gustaría charlar, como en nuestros días de ahí, y

si Pedro Henríquez compartía la charla, tanto mejor. Tengo a veces noticias de las gentes de la Embajada, a los que debo carta, por cierto; pero no veo apenas periódicos, y voy perdiendo un poco el pulso de ese país. El del mío está cada vez más firme. Lo malo es que tenemos que pelearnos con los enemigos de dentro y las cobardías internacionales, que no quieren guerra en Europa; como si ni la hubiese ya! Un año hace esto empezó. Aunque durara otro, creo que saldríamos, como es de esperar, ganando, y clarificando para siempre la atmósfera republicana, a costa de los sacrificios que sean necesarios. Usted no es como yo. Escribe, y las palabras epistolares le obedecen. Hágame llegar alguna a esta capital de Levante, hoy de España, mientras nuestro Madrid, nuestro Madrid, defienda las primeras líneas sin perder su humor siquiera. Con decirle que por la Puerta del Sol va un vendedor con el sombrero camuflado, para que no le vean desde arriba. Estoy en el Regina Hotel. Un abrazo a Manuela, y usted ya sabe quién soy siempre,

Enrique.

Valencia, 17-V-37.

JUAN REJANO

POESIAS

CeDInCI

CeDInCI

ANTES

AGUA en la sombra, sumergida estirpe,
paraíso inviolable, luz oculta
eras para mi amor entonces: gracia
erguida en el misterio, como tantos
purísimos destellos que en la tierra
nos esperan, y nunca hasta su planta
nos conduce el azar.

Aroma intacto
que en el húmedo espacio permanece,
ternura derramada en la distancia
eras, paloma, entonces.

Pero puedo llegar hasta aquel tiempo,
levantarte otra vez desde los años
más dulces y lejanos,

y te veo
en las tardes de otoño, flor sonámbula
por tu ciudad dispersa divagando
a la hora final, calles henchidas
de aturdidos viajeros, cielos pálidos
con último arrebol, acongojado
el aire en las esquinas,

y tú, en medio,
mirando los cristales ya encendidos
por las luces radiantes, como un pájaro
que entre erigidos mármoles tuviera
detenidas las alas por el sueño.

Leve y quebrada, casi etéreo el tallo
de tu cintura matinal, sensibles
los pies a las delicias de la tierra,
a un ritmo grácil de adorable corza,
y en la imaginación una alameda
de historias tristes como tus pupilas
y apacibles domingos de arrabal.

¿Me buscabas?

Yo acaso era la brisa
que besaba tu cuello adolescente,
o tal vez el dolor que te iba abriendo
un camino entre el mundo y tus insomnios.
Yo acaso era el silencio de tus horas
pensativas, como un collar de éxtasis,
o quizás el temblor de aquella música
que subía del fondo de tus noches
y tus ansias como un ramo de sed.

Ay, nadie más que tú lo sabe. Pero
ahora que, labrada a fuego mío,
para siempre en mi sangre estás, te doy
esta dulce sospecha, como el ciego
que al recobrar la luz recuerda el mundo
imaginado siempre entre las sombras.

Acógela, paloma, entre tus brazos,
haz rebosar con ella el vaso de oro.
Mis ojos son dos niños y te adoran.

ENCUENTRO EN EL ALBA

I

ERES

como la pulpa insomne de la noche,
clavel despierto en sombra, labio ardido,
pétalo inanimado del silencio
que en el carbón y en el diamante esconde
la arista virgen de sus dos mitades.

Te define y consagra el mundo oculto,
el recuerdo que alienta todavía
en el íntimo afán de la ceniza,
el latido que erígese enclaustrado
de las ceñidas aguas de los pozos.

Te miro y te adivino sin miradas.
Ya no sé si creer en el espejo
de tu cuerpo impreciso,
o creer en la ráfaga de un sueño
tan bello y perdurable como un río
que cubriese los ojos, las ciudades
y dejase entrever bajo su manto
el asombro de un mundo sumergido.

Te llevo en mí, quemando mis costados
te llevo, rosa amarga, porque logras
reflejar tu penumbra, tu misterio
desde mi piel a mi lejano espíritu.

II

Viniste por los caminos
que hacia el olvido conducen,

cuando, perdida la tierra,
iba buscando una escala
para morir en el viento,
cuanto a ti te designaban
lentas huellas del pasado
que aún temblaban en tus ojos.

Viniste por los caminos
que hacia el olvido conducen.

Me miraste, y a las sombras
volvió la tierra, brotaron
los helechos del silencio
y hubo en las ramas del aire
un débil gemido, como
si en la noche un bosquecillo,
una niña, una garganta
se quedasen deshojados.

III

Vencida la cabeza en tu regazo,
mirando al hondo cielo y en mis ojos
el claro azul y tu pupila en sombra,
ya no siento el latir del campo en torno
ni la pasión que sube de la tierra.

No recuerdo. Tan honda está mi alma,
tan segura en lo suyo, tan cercana,
que si cierro los ojos me parece
que al abrirlos de nuevo seré otro,
la respuesta de algún sueño truncado.

Estoy entre dos aguas milagrosas,
casi etéreo y distante, casi eterno.

IV

Todavía mis labios
retienen tu sabor.
Son como dos orillas
encendidas de hogueras
por donde pasa el río
de tu fragancia ausente.

Todavía mis manos
esconden tu calor.
Son como dos palomas
distantes en el vuelo,
en cuyas alas tiembla
la luz de un claro estío.

Todavía repite
mi memoria tu nombre.
Es como un arpa antigua
despierta entre la brisa,
con un eco de fuego
vibrando por sus cuerdas.

(Ni lejana ni oculta:
deseada.)

V

Amor, en esta soledad tan alta,
lejos de la ciudad, del viento sucio,
de los amaneceres mutilados,
entre montañas que la nieve ciñe
y el verdor aterido de los pinos,
somos niños de nuevo.

Mira el agua
dormida en los arroyos con sudario

de lechoso cristal. ¿No te recuerda
que los inviernos con párpados de sueño,
cuando distantes, íbamos volando
a los países de perpetua luna?
La niebla perezosa en los barrancos
¿no te dice el color de aquellas horas
como nubes cubriéndonos de fábula?

Hace frío. No quiere la mañana
romper su dura pulpa, como fruta
que se resiste a la sazón.

Yo siento

un retorno a lo claro, y corro —mira—
detrás de la libébula, sonora,
me abrazo al aire perfumado, canto
con el pájaro inquieto...

¡Cuánta luz
en el alma! ¡Qué hermoso este silencio
para entregarse a él como a un regazo!
Pero escucha, mi amor: ¡siempre contigo!
Este viaje a lo inefable, orilla
de los valles purísimos, el cielo
de nácar yerto cerca de la frente,
parte de ti y en ti termina: es ansia
de amarte más, de amarte desde siempre.
Escucha, escucha, amor, lo dice el monte,
la rama, el lirio, el aire me lo dicen:
Condúcela a tu origen y no vuelvas.

VI

Dormías tú. Por el cristal entraba
un claror de mañana en que ha nevado
y está la tierra devanando sueños
y pálida la luz ante la muerte.

Besé tus ojos y salí. Silencio
de alborada invernal. Las calles eran
sucesiones de espaldas ateridas
y brechas dirigidas a lo incierto,
el cielo un lampo de metal lloroso,
y yo, vagando entre las sombras gélidas,
una llama que al viento se resiste.

¿A dónde fui? Mi amor quedó contigo.
Cuando volví a tus brazos, es posible
que trajera en los míos la mañana
bajo un sudario fabuloso, el llanto
de algún niño perdido y el deseo
de reanudar la historia trunca. Nada
podría asegurar. Recuerdo sólo
que te miré un instante: parecías
una rama florida en el invierno.

VII

Si me abriesen el pecho brotaría
no la sangre enclaustrada sino un ramo
de deseos que no encontraron hueco
para nacer y andaban por mis venas,
rojos luceros nómadas, buscándote.

Ignoro las promesas. No me angustia
el incierto horizonte. Estoy tan lleno
de tu adorable brisa, que mis hombros
del agua de su dicha se han cubierto
y sólo el labio flota como acorde
para expresar este tangible gozo.

Si me abriesen el pecho brotaría
un pétalo de fuego enamorado
anterior a las aguas y al olvido.

VIII

Te espero. Siempre te espero.
Aun cercada por mis brazos
te espero, te espero siempre
y te seguiré esperando
cuando ya tu aroma todo
se haya vertido en mi vaso,
cuando tu sombra y mi sombra
sean un solo cuerpo, cuando
mi recuerdo para ti
se convierta en un relámpago
familiar que se abre y muere
cada vez que lo invocamos.

Te espero. Siempre te espero.
Porque esta sed sin ocaso
desbordó mi entraña y mueve
la tierra como un espasmo.

Calla. No me digas nada.
Abre mi pecho despacio.
Las estrellas van muy altas
y yo te sigo esperando.

IX

Yo soy
como en tu soledad me delimitas.
Pero también soy otro, y otros muchos,
otros que tú quizá también conoces,
aunque solo de lejos, por la piel.
El amante es un dios, y un hombre a ratos,
un cuerpo con cien cuerpos en su gruta
y en medio una distante lucecita.
(Perdónalo, mi amor, nació sin alas).

Tú eres, en cambio, una,
una sola, la una, estrella fija,
rosa de un solo pétalo: te adoro.
Te miro los costados y hallo siempre
una fecha, la misma, un nombre
cuyas sílabas suman tu ternura.
Te abrazo y me devuelves un sonido
tan íntimo y exacto como el oro
cuando en el aire, estremecido, vibra.

Pero ven. Es muy tarde. Me persiguen
y yo no sé de dónde viene el odio:
acaso de muy lejos, de mí mismo.
Déjame que me cubra con tus besos,
déjame que me duerma en tu regazo.
Seré siempre ese niño que no cesa,
ese ciego con un niño en el alma.

CeDInCI

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

INEDITOS

CeDInCI

CeDInCI

POETAS...

PERDONA, disculpa, Señor,
el sordo, persistente hervor
no humorístico —de mi humor.

¿Es mal humor? En esta olla
de grillos bosteza y borbolla
un aliento que se me embrolla.

La verdad es que me molesta
con su hervor de moscos la siesta
y que me punza ya la testa.

Estoy a solas en un medio
que es mediano, o mediano y medio,
y el tedio no tiene remedio.

Pero yo espumo mi puchero
como tú mandas, porque quiero
hablar de veras o de vero.

Voy a hablarte de los poetas.
Son oficio divino y tretas
humanas. Tañen (a *completas*).

Aquí están en sus anaqueles,
ya los conoces. Son tus fieles,
poco fieles, mas son tus fieles.

Oye lento el *Cantar del Cid*.
(¿Es un abuso tanta lid
y tal arrojó?) Dio en el quid.

Se nos dice que es el vagido
heroico de un recién nacido.
Que nos lo conserves te pido.

Perdona a nuestro pescozudo
Arcipreste su acento rudo
y su testa de testarudo.

(Su genio no se lo perdonen,
ya que él, impar, suelta sus nones,
a pares, como interjecciones.)

Berceo —bon vino— es albor
que vierte albura. El color
exacto, intacto, del candor. . .

Absuelve, por su balbuceo
de niño de Dios, a Berceo.
En él como en tu madre, creo.

Y esas coplas, que se nos van
como ríos, ¿de quién serán?
Los dos Manriques nos las dan.

Se tiende un bucólico ocaso
en la llanura, y Garcilaso
es alba de égloga a su paso.

Perdona Señor, a Quevedo,
que yo perdonarle no puedo
cuanto vio con ojos sin miedo.

Ojo al trino gongorino.
¿Ves las eses sin camino
en que enrevesa su destino?

Perdónale, Señor. Tenía
luz en penumbra, poesía
de noche, y nunca amanecía.

Perdona la desenvoltura
de Lope, —su genio y figura.
Hasta ti llega su estatura.

Señor, no lances tu anatema
contra Baudelaire, que blasfema.
(No tuvo más dios que el poema.)

Señor, perdona a Mallarmé,
hijo pródigo de una fe
increíble, que ve y no ve.

Perdónale su angostura
exacta, perfecta, —la hechura
difícil de su miniatura.

Perdona también a Verlaine.
su música, que está muy bien
tañida, lo merece. Amén.

Pero no perdones a Hugo,
enhiesto coloso, y verdugo,
que quiso ponerte su yugo.

Y no perdones a Rimbaud,
porque su imperdonable *yo*
en vida ya le perdonó.

Perdona a Valéry, arquitecto
edificante, de intelecto
radiante, que sea perfecto.

Perdona al poeta disertó
y al perito falaz, experto
infalible, que nace muerto.

Perdona al taciturno y hondo
Machado. Tú estás en su fondo
que jamás es punto redondo.

(Perdona al hondo y taciturno
poeta su sueño diurno.
Ni declamó ni usó coturno.)

Villaespesa dejó una “gruesa”
de versos, que es labor obesa,
y líricamente no pesa.

La gravidez de lo liviano
pare, si es que pare, un vilano.
(Jamás nos dejes de tu mano.)

Como paradoja inefable
e increíble, en lo que es creable
solo pesa lo imponderable...

HOMBRES DE ODIO

I

Mi nombre es Juan: mi apellido paterno, Mediano; el de mi madre Segundete. Uno y otros —tres burlas e infamias del destino— me deprimen, humillan, abochornan. Los conllevo, aunque la verdad es que no los sufro, como el sambenitado aguantaba la vela, el capotillo y el alcatraz, escarnecedores e irrisorios que le imponía su edificante menester de penitente en público. Juan a secas es restricción de nombre, escurridura nominal, nombrecillo. Se dice Juan como se dice cuitado, malpocado, baldragas, calzorras, mandria, pelafustán, chisgarabís o quídam. La expresión *es un Juan* —*un Juan Lanás*— alude al hombre timorato o blandengue y a esposo consentido. A todo pulmón, aunque debiera ser a cencerros tapados, la musa popular, con huelgo bellaco de menegilda canora, o con añorador y especioso regodeo de menestrera complaciente, pondera la hombría de bien y la eficacia del *Juan*, en una copla que dice:

Mi marido es un Juan Juan,
que tos los oficios sabe,
menos el fregar tinajas
que con los cuernos no cabe.

Y lejos del fogón, del fregadero, el numen semiculto de los flamantes arcaizantes de hoy, peritos en el arte de sobredorar la literatura del día con los lustres de nuestro siglo de oro, remeda un añejo o rancio decir y lo contrahace de esta suerte:

Mi Juan, que se llama Juan,
es un bravo maridillo,
si no le cabe el sombrero,
sabe colgárselo, y listo.

Bien. Me estomaga el folklore, ese pesebre abundancial que procura abastanza idónea de saber o forrajes común a la apetencia del *demos*. El flato, que se da muchos aires, no pasa de ser borboriqueo intestinal o tronada de buche con repleción. El refrán, regüeldo de filosofía casera, y los brotes melódicos del folklore, ventosidades de ahito, soplan hediondamente, ya se resuelven por arriba, en eructos, o entre posas, como cuescos pelados. Dejémonos de monsergas. Los entresijos o fuelles del pueblo se alivian con tales desahogos; pero no es cosa de recoger en un odre todo el aire resentido y a medio fermentar que expelen tan... melodiosas vísceras. Volvamos a lo romance.

Mi nombre, pues, se me antoja un cucurucho de sambenitado. Y no se me arguya que el tal nombre, cuando lo realza un apellido de nota o un carácter de excepción, trepa a las nubes para tremolar y endiosarse en el Olimpo. Hartó lo sé. Hay Juanes ilustres, y entre ellos, los dos de Austria, aun siendo bastardos los dos. ¡Don Juan de Austria! ¡Qué pretenciosa eufonía! ¡Cómo y con qué Augusta longanimidad sufre el vasto y significante apellido la escasez y la insignificancia del nombre! Pero tan justo desagravio —o tan lujosa compensación— no reza conmigo. Mis layas o raleas —que no alcornias— carecen de solar ostensible. El apellido de mi padre —Mediano— empeora su nombre de pila, y el de mi madre —Segundete—, para acabarlo de arreglar, lo pone en solfa. El de mi progenitor me recuerda, bien a pesar mío, ese término medio, tan mediocre, que repele, y no es redundancia, el vivir siempre a medias e intermediario de

esa promediada casta social que se llama a sí misma clase media. El de mi madre, aún más escarecedor, ora como diminutivo despectivo del número ordinal que sigue, de cerca, pero siempre postergado, al número primero; ora como despectivo diminutivo de la mínima fracción de tiempo que mide el reloj, tiene para mí un regusto o *saborete* aún más amargo.

Mi ambición, desapoderada y enorme, mi orgullo, tan ingente y fuera de lo posible como mi ambición, no sólo no caben en la angostura de mi irregular continente físico, ni en el medio tan mediano en que me tocó vegetar, de media anqueta (como pseudovive, valiéndose de lamentables simulaciones, toda la paupérrima mesocracia matritense), sino que chocan ante todo con el plural hazmerreír de esos tres nombres afflictivos. Ya es desdicha. De los innumerables infortunios que pesan sobre mi desmedro (tan ansioso de cundir y de dar la talla) éste, el triple sambenito nominal de mote de pila, de mis dos añadiduras familiares, es el que más me agobia y capitidisminuye. ¡Juan Mediano y Segundete! Un nombre inane y dos risibles apellidos de criatura o engendro de Taboada. (Y a propósito de este sedicente escritor festivo, y de su compinche el caricaturista Cilla, he de permitir un desahogo nada impertinente. Taboada y Cilla constituyen los más inmundos arquetipos españoles de la hiena decimonónica. Uno y otro, luego de lamiscar y de saciar su hedionda gula en la jamerdana del siglo XIX —sumidero donde iba a remansarse toda la inmundicia de las reses sacrificadas y abiertas en canal por la diligente sevicia contemporizadora de Cánovas y Sagasta, matarifes o jiferos al alimón— se solían regodear rozando escarecedoramente las piltrafas de carroña adheridas a la osambre ya sepulta, de todo un pueblo abatido. Taboada saboreó, en viles fruiciones, la caída, solo para él hilarante, de la prestancia y del or-

gullo hispánico. Malévolo e implacable se divirtió empequeñeciendo, con perfiles ridículos, las ya médicas dimensiones de unas criaturas abyectas. Los homúnculos de Taboada, personificación de la insignificancia, pechan, como añadidura, con el congojoso lastre del sambenito nominal que el *humorista*, himplando como una pantera, les endosa e incrusta. El humor denigrante de esta laya de escritores festivos, goza lo indecible con el uso abuso del retruécano escarnecedor. Al que es sordo, se le apellida Tapia; al infamado por su mujer, Creciente Cornejo; al misántropo re-funfuñón, Perpetuo Afable; al infeliz de lengua premiosa y de hablar interrumpido, Demóstenes Tartaja; al ateo que peca de católico vergonzante, Teófilo de la Iglesia; a la mujer que redundaba en mollar apetezibles, Robustiana Morcillo; al afectado de la próstata, que es mujeriego y que padece de rijas, Simeón Rijoso; al flaco y famélico, Hilarión Delgadillo y Lacio; a la solterona opilada, lírica y añorante, Deseada de la Regla; al hombre de voz cavernosa y lúgubre, Máximo Sochantre y al de registro triple y estridente, Marcial de la Trompetilla. Y lo peor de este motejar inmisericorde y exento de gracia no es que acostumbre al chiste burdo y chabacano; es que familiariza con la frustración irrisoria, con la miseria hecha hazme-reír y con el resentimiento humano.

Lo peor de esta mofa servil y sin entrañas, no es que adule al privilegiado con las túrdigas que arrancó de los que despelleja; no. Lo pésimo de tan desalmada actitud consiste en que, sobre abellacar el espíritu, nos habitúa a admitir, si no como norma, sí como producto normal del medio, esas caricaturas de hombres, esos fermentados andrajos de humanidad que se exhiben llevando en el dorso sendas mazas o marbetes tan escarnecedores como agobiantes. En cuanto a Cilla, digno conmitión de Taboada, usó de un proceder tan innoble como el de su maestro y,

por lo común, le aventaja en la cicatera mala fe de sus atisbos. Nadie consigue angostar tan infinitesimalmente lo ruin como aquel gran tacaño del lápiz. La caricatura, arte excesivo, que exagera adrede, debe acendrar, en su cristal simbólico las miserias con que manipula, inducido por un designio vindica o reivindicador. Bien está, pues, que escarnezca al hombre, e incluso que lo desuelle vivo, para rehabilitarlo. El quid de la sátira está en reírse provechosamente del prójimo: en prestarle un servicio ejemplar a costa de sus costillas. Pero no en hacer mofa supernumeraria y regodeo gratuito, de tal o cual. El aliciente que da origen al trazo caricaturesco es de orden moral. Un caricaturista que se estime, no peca de blandengue, y su rigor ético, corta por lo sano, en despiadadas rajaduras, o aplica sin contemplaciones el cauterio insufrible, pero jamás se solaza en la irrisión como tal. Por lo contrario, Cilla sucumbe a la voluptuosa inquina de las hienas y chacales del cacareo, y con una hozadura de desenterrador cabal, saca a la luz los huesos y carroñas de las víctimas, en que se ensaña, a merced de un instinto de necrófago, y solo por el gusto de hacer befa de la podredumbre del prójimo. Prometeo encadenado constituye en mi sentir, un espécimen de caricatura. El águila o el buitre que le devora el hígado, hipertrofiado por la soberbia, tarasca la viscera de un semidiós, culpable, ufano, pese a su abatimiento transitorio, de haber delinquido olímpicamente. Le inflige, pues, una sanción adecuada.

La caricatura es una picota; un poste en el que se saca a la vergüenza al reo que osó trasgredir la ley; pero no un potro donde se dislocan por lo humorístico las miserias vergonzantes de un infeliz.

Cilla no arremetió, lápiz en ristre, contra los poderosos logreros de un siglo —politicastro oportunistas, convencenciosos, venales; jueces prevaricadores; caballeros de

industria; plutócratas, próceres sin escrúpulos, etc.—, sino que se ensañó, como Taboada, en los famélicos cesantes de la Restauración. Se limitó a roer los zancajos, harto roídos por la miseria y el incesante trotar a la intemperie de todos los cuitados desvalidos, exhombres de la terrible burocracia matritense.

Las narices tumefactas y rubicundas de los espantapájaros de Cilla —hipertrofiadas y coloreadas, no por la rubefacción alcohólica, sino por las abrasivas mucosidades que desata el cierzo invernal—; los ominosos flecos y las bolsudas rodilleras de sus pantalones haraposos; las deformadas y desoladas botas de puntas en respingo veneciano; sus holgados redingotes y macferlanes hechos zurrapos, y, en fin, la lacidad física y la angustiosa imploración mendicante de tan desmarridos adefesios, hablan elocuentemente de la calidad ética y estética del nefando pintamonas.

Cilla y Taobada son los enterradores de la prestanciosa y orgullosa hidalguía del español genuino y los desenterradores de nuestra miseria finisecular. A veces pienso que mi padre —Abundio Mediano— es una caricatura de Cilla, con pie de Taboada. Y tan acerba presunción me emponzoña hasta el aliento.) Después de este inciso, continúo con el tema y la tema.

¿Poseeré yo el genio indispensable para superar la *vil nacencia* que me deparó el destino y manumitirme de los ominosos y al parecer indelebles marchamos con que el celo de mis progenitores impregnó la especie o mercancía que en mí trajeron a este bajo mundo? Entiéndaseme bien. Al escribir *genio* no aludo a una simple jerarquía mental de primer orden. Esa clase de genio es facultad, aunque vasta, insuficiente para el logro de mis designios. *Genio* en mi nomenclatura, equivale a sustancia ígnea, o, mejor, a esa mirada redonda, pineal, de cíclope, que horada por lo

ultratelúrico, y no con el angosto taladro del zahorí, la corteza terrestre, cósmica, para apoderarse de este tuétano de lumbre, o luz de Prometeo, que debe ser la médula del héroe. De cualquier modo tengo para mí que no vine a este mundo a hacer de obispillo, aunque ya haya tenido que pagar, con usura, y como cada quisque, las atroces novatadas con que el hado escarnece la atónita bobaliconería fatal del irremediable bisoño. Desde mi más tierna infancia —que fue dura como el pedernal— alcancé la suspicaz veteranía humana que otorga el escarmiento.

II

Nací en el seno —si así puede llamarse al repelente e inhospitalario hogar donde vi la luz— de una familia de la clase media. Mi padre, Abundio Mediano,¹ perteneció en sus años mozos, ora a la famélica grey de los cesantes turnantes de la Restauración, ora al clan de los amanuenses con el comedero en vilo y el alpiste a vista de pájaro, que eran los dos premios o productos que competían, por sobre el atroz dilema de ser o no ser, a lo largo del perenne zozobrar impuesto, en nada deleitosos vaivenes a la probe e ímproba mesocracia del siglo por la aleatoria política al alimón vigente en aquel entonces. Al contraer matrimonio, mi padre encontrábase ya en posesión de una credencial de funcionario inamovible o sin alternativas, esto es, aparecía como usufructuario de un mom o sinicura a perpetuidad, y devengaba como gajes o gabelas de tan envidiable canonjía, la cuantiosa suma de seis mil reales al año. Sin eufemismos —que no hay por qué an-

¹ La conjunción de Abundio con Mediano se me antoja el colmo o rebaba de la encarnecedora *mala sangre* de lo fatal. El nombre, exuberante, alude cuantitativamente a la calidad del apellido, y el todo desdice, abundancia de escasez, es aún medianía de nuevos llenos.

darse por las ramas de la retórica y escribir que fue un funcionario celoso, laborioso, competente y puntual— diré, en romance, lo que mi padre era: un cagatintas.

Incluso poseyó siempre el físico —asistido por la deformación profesional— del cagatintas. Pese a su desgarbado estirajamiento de hombre larguirucho, pecaba de encogido. Su característica más notoria era la falta de carácter. Miope hasta dar en cegato, descolorido hasta parecer exanguie, tan respetuoso en sus miramientos para con el prójimo, que llegaba a difuminarse o esfumarse en su presencia, dejando como tímido e irresoluto sustituto o doble de su personalidad en fuga, un ente, o fantasma espantadizo, que decía a todo que sí; aquel malpocado, percha de lamentables y siempre holgadas ropas de fermentado corte, era, tanto por su insipidez e inanidad específicas, como por lo borroso de su semblante desembratado, el arquetipo del hombre insignificante. Aun recuerdo con encono y desdén la triste y lacia holgura de su indumento cotidiano: el eterno y vil terno de mezclilla, revoltijo de pelusa, tamo y zurrapas, tan lustroso, tazado y descolorido por los roces y sobas del sedente tráfico que impone la covachuela, como por las calurosas asiduidades de una plancha harto solícita e insistente; vestidura que había adquirido ya la tónica delgadez transparente del color ala de mosca, y que disimulaba unos añadidos, los remiendos vergonzantes, y exhibía ufanamente otros, atributos del gremio, que, a modo de cantoneras, imponían cierta sujeción a aquella personalidad desencuadrada: los ominosos manguitos, o taparrabos de los codos, del chupatintas. Pero recuerdo también, y también con lástima rabiosa y despreciativa, el no menos lamentable pergeño dominical que acostumbraba a exhibir: aquel atroz trajecillo de lana dulce, tan amargo, de los días de fiesta, con su flamante apresto de ropa en serie, y como acabada de adquirir en

un almacén de confecciones. Hoy por hoy se me antojan más decorosos el raímiento que mostraban los bajos de su pantalón, las posas o culeras de los fondillos, los cuchillos que le apuntalaban la entepierna y aun la ominosa pretina de desbraguetado, con su tinte descolorido por los orines, que el empaque, con olor a entretelas de rígido linón y la pobre calidad engomada de su ropa de asueto. Le iban mejor los andrajosos pingos de la *cuotidianidad* —como diría Octavio de Romeu— que el almidonamiento y el emperojamiento, engarabitado y cursi del domingo. Como jornalero de la pluma —amanuense y aún calígrafo pendolista— mi padre era un hombre de lentes. Y un mandria, como le decía, con machacona reiteración, pero siempre a cuento, su áspera y verídica consorte, mi madre. Mi madre era una mujer *temperamental*, despacible, terca, gritona y desaliñada. Nació —“y a mucha honra”— en el Ampurdán, y la recrearon primeramente a orillas del Ebro, y después, si no en el corazón, sí en el mismísimo bocio de las Hurdes: en un pueblo colgante y a medio despeñar sobre un abismo pizarroso, que se llama Andóbriga. Se pasaba de fea, por lo abrupto de las narices, lo sinuoso de los labios engurruñidos y de comisuras salivosas; la ulceración de los ojos, siempre como escocidos y con pitañas, y, sobre todo, por las bermejas y escamosas herpes que le ardían y se le encenizaban en la faz. Pero aun menos agraciado que su rostro, de cutis eruptivo y quebrado por cicatrices y desholladuras, era su diforme corpachón, no solo fluctuante, sino desbordante, de buena paridora. Mi madre (harto fecunda y que acreció la especie con una copiosa prole sacada a luz en dos partos sencillos, tres gemelares y, por último, merced a una numerosa ventigrada de la que sólo sobreviví yo) no cupo nunca, acaso por ser hembra prolífica y desapoderadamente carnal, en la sujeción de sus sayas. Las infinitas, y no muy pulcras

ropas interiores (camisa, camiseta, corsé, cubrecorsé, chambre, enagua, refajo, etc.) que oponían sendos aunque livianos diques al sólido desbordamiento de su carne rebelde, no bastaban para represar tan incontenible riada de materia salida de madre. En especial, el prolapso de su abdomen, pese a la cinchadura del corsé, amenazaba con una evisceración inminente. De niño siempre temí que tan atroz y deforme prominencia se extravasara y me ahogase en un mar de tripas.

No siento ningún asomo de ternura hacia mis progenitores y menos aún al pensar en la que me trajo a este mundo, y que fue una tarasca. Incluso su nombre —Rufa— era áspero, y desapacible, a recuerdo con el moño al trote y en chancletas, cazcaleando, esto es, atrafagándose sin motivo en los quehaceres domésticos, como verbigracia, en el trajín inverosímil de alborotar el polvo o cambiarlo de lugar, y no con un plumero, que era adminículo harto suave y acariciador para su enérgica agresividad de mujer violentamente hacendosa, sino con el sacudidor o los zorros. Siempre se arregostó al gozoso menester de zurrar la badana a la prole, o, a modo de sucedáneo, en la tarea, para ella también voluptuosa, de maltratar y tundir los muebles hasta dejarlos rencos. Imagino que necesitaba de tan perentorios escapes para desfogar sus acalenturamientos y berrinches y que tan sañudo procedimiento de hacer la limpieza nos ahorró a mis hermanos y a mí no pocos vapuleos o azotainas; y ese bendito de Dios, y a la vez *maldito*, o comparsa, que era mi padre, tal cual o abrupto. A la postre, y por lo fatal, mi taciturno y sigiloso progenitor resultaba siempre la víctima propiciatoria de su contundente y estridente consorte, o su chivo expiatorio, como él decía, sin segunda. Y no se tome a mala parte, como alevosa reticencia, la alusión que precede. No hay por qué. En este punto o puntillo de honra no cabe

ni un jeme de suspicacia. Lo harían inverosímil no solamente la abrupta fealdad y el desaliño cochambroso de la que me dio (y me regaló) la vida, sino también su condición intransitable y el evidente desapego que mostró siempre por los hombres. Pero volvamos a lo que importa. Dije que, en fin de cuentas, y por lo fatal, mi padre, hombre timorato o sin agallas, venía a ser el chivo expiatorio de los berrenchines de su esposa. Ésta no lo trató nunca —por lo menos en mi presencia— como a nosotros sus hijos (la *canalla* en su dulce nomenclatura nativa, o la *patulea*, según el bajo léxico matritense) y a los trastes de su ajuar. Frente a él no esgrimía el corbacho del cómitre (léase el sacudidor o los zorros), pero le obligaba a remar al compás de los demás forzados y en la misma galera, disparándole, sin marrar nunca el tiro copiosas y atroces andanadas de proyectiles dialécticos. En tales coyunturas, mi padre, intimidado, acostumbraba hacer unos penosos mutis, ante la desdeñosa conmiseración de sus hijos. Sólo una vez le vi desmandarse y le oí una interjección satírica y anacrónica que, sin duda por su propapia de dicho antañón y en desuso, calló en mutismo inmediato, la vociferante verba de mamá. Papá, creciéndose hasta el techo, gritó ¡moxte!, y mi madre, atónita, esto es, inhibida por el asombro, pese a las expeditas y broncas despachaderas de su desparpajo, no acertó ni a chistar y quedó como amordazada. Debo decir a este propósito que mi padre, ahilado hasta parecer el sempiterno perfil de su exigua catadura de hombre lineal, se despachaba a placer, en tal o cual ocasión, con ridícula prosopopeya y moroso regodeo, y como si los palpara a la vez entre sus dedos con renuente sobo, las más tópicas y manidas expresiones proverbiales del pasado siglo. Por ejemplo, si yo pecaba de parlanchín, preguntón e impertinente, me decía, sacándose los flecos de los puños con ayuda del dedo anular

y la palma de la mano y peraltando el tono con un énfasis fuera de lugar:

—Basta y sanseacabó.

¡Cortapicos y callar!

Y si por excepción, mi madre se mostraba demasiado benévola para con mis diabluras o en relación con las barrabasadas de mi hermano, y nos imponía una sanción de poco más o menos, aquella caricatura de hombre se creía en el caso de mostrarse enemigo de tan perniciosa leñidad...

En fin, y para no ser prolijo, diré que mi padre se parecía por todos los lugares comunes, prefiriendo los más manoseados y enjutos, que suelen ser los que los hablístas a fuerza de gastar su pulpa, dejaron más parcos de zumo, como magma de una fruta que fue jugosa.

RAMÓN SENDER

EL TONATIO

(Historia de un soneto)

LOS AZTECAS dicen en sus viejos ideogramas que cuando el tiempo está nublado el sol baja del cielo a la tierra y anda disfrazado entre los hombres. Pensando en eso escribí este soneto:

*Bajó el sol del Caribe en el nublado
con saya roja aunque se es varón
—lleva quizá debajo su calzón
y entró sonando latas al mercado.*

*Buscaba a Trinidad enamorado
para darle su girasol de oro
y comer barbacoa y ver el toro
en la placita en fiestas del poblado.*

*Vete, vete ya el sol si es que el sol fueres
pero estate si acaso no lo eres
y si no tienes miedo a la verdad,*

*que ayer lo vieron en la marisma
y la boca se come ya a sí misma,
la boca del compadre Trinidad.*

Ese poema sugiere bien —creo yo— la inspirada simplicidad de los pueblos primitivos cuando se ponen a crear lo que luego llamamos su mitología. No es inferior la mi-

tología de los aztecas a la de los semitas del viejo Testamento. En México está viva aún en la calle y no sólo en esos repliegues del aire que perciben los poetas, los niños y algunos locos, sino en formas folklóricas concretas. Voy a hablar de eso como si fuera otro. La impersonalidad es siempre virtuosa.

Debo advertir que el soneto se me ocurrió un día que vi en la calle de Madero y hacia las once y media en la esquina de la segunda cuadra un espectáculo inusual. En el fondo no era nada: un hombre fumando. Era un hombre taciturno, huesudo, muy oscuro de piel. Su actitud era de una desdenosa insolidaridad. Recordaba a esos indios yaquis, altos, sin bautizo ni nombre español, que pasean sus largas zancas desnudas por Sonora. Inmóvil contra la esquina permanecía con la cabeza apoyada en ella y con un gesto que no era cansancio sino sólo indiferencia. Una gran tufa de pelos se alzaba hacia la coronilla. Llevaba una chaqueta militar harapienta que había pasado algunos meses en los vertederos de la basura. Sin camisa. Y lo que era más chocante con una falda de color rojo, exactamente como la de las mujeres, que le cubría las piernas hasta el suelo.

Siendo las formas del hombre diferentes a las de la mujer la falda caía recta —sin curva alguna en las caderas— como un tubo estrecho y sin accidentes. Debajo de la falda se veían los pies negruzcos en limpios huaraches de henequén. Debía tener los pies curtidos y encallecidos, de otro modo no se concibe que pudiera llevar aquellas cuerdas ásperas de fibra vegetal entre los dedos ni arrolladas al tobillo.

Con todo eso lo más notable no era su apariencia física sino su expresión. Aquel indio fumaba su cigarrillo de marihuana y veía pasar indiferente a los hombres de negocios entre los mármoles de los grandes edificios, los

bancos y las tiendas de lujo. (Era la hora del almuerzo, es decir del *lunch* americano.) Curioso contraste.

Fumaba el hombre con los ojos entornados, mirando a ninguna parte, la cabeza apoyada en el muro de piedra. Los viandantes al pasar a su lado se apartaban para no tropezarle. Había en aquella figura una determinación tan firmemente sombría que a nadie se le habría ocurrido aconsejarle que saliera de aquel lugar. Los policías fingían no verlo.

Media hora después volví a pasar por allí y allí estaba todavía el indio en la misma actitud exactamente y fumando aún —supongo que otro cigarrillo— con la misma lejana indiferencia por el mundo que lo rodeaba. Era como una figura de los códices precortesianos. Todavía no se había enterado de que en el mundo nuestro el hombre se diferencia exteriormente por los pantalones y si se había enterado no le daba importancia. Su mundo era otro y ese mundo suyo que era el genuino mundo de México era precisamente suyo y no nuestro. El indio vivía tal vez en sus edades gloriosas, es decir en el imperio azteca o tolteca. Todo lo demás, incluidos los automóviles y los hombres de negocios y los rascacielos dedicados a oficinas y los restaurantes modernos, no existía. Y si existía el indio no lo veía.

Creía el indio tal vez que aquella esquina de piedra en la que apoyaba el hombro y la cabeza era la de un teocalli, de una de las pirámides del Zócalo derribadas para construir con sus piedras la catedral. Y fumaba su marihuana. A la gente que pasaba a su lado casi rozándolo tampoco la veía. Tenía el indio la mirada perdida en un punto neutro del aire y tal vez del tiempo y de las edades. Era una pequeña parte del misterio genuino y veraz y por ella nos era posible a nosotros imaginar lo que pudo ser la vida antes de que llegaran Cortés y sus amigos al valle

de México. Recordaba yo el mito del Tonatio. No quiero decir sin embargo que aquel indio fuera para mí la personificación del sol cuando en los días nublados deja el cielo y baja a la tierra y camina entre los hombres. Fue sólo la apelación al misterio de los tiempos muertos que aparece a veces en los intersticios de la realidad.

Sin embargo aquel día el cielo estaba nublado.

El sol caminando entre los hombres durante los días nublados tomaba otras formas y apariencias. Es decir no era necesariamente dramático, ese sol. Ni forzosamente grotesco. Era un producto híbrido de esa necesidad del símbolo en los pueblos primitivos y en las edades donde todavía no ha cristalizado del todo la idea de lo grotesco. Donde solo existe lo útil y tal vez lo decorativo-religioso, entendido esto último también como una necesidad.

El hombre de piel curtida y greñas hirsutas vestido con una falda roja era grotesco y sin embargo nadie se atrevía a reírse de él. Era de un grotesco que infundía miedo metafísico, igual que lo infundía Yahwe (Jehová) en el Sinaí. Tal vez también con una saya roja y bajo un cielo nublado como el de México aquel día. Yo hablé de aquel indio con otro hombre extraño a quien conocí en un restaurante. Se llamaba Photynos y era o parecía europeo. El nombre me puso en guardia porque *photos* es luz, en griego. Por añadidura dijo que tenía un almacén de vidrios, cristales y espejos llamado La Veneciana, en Tacubaya de Perálvillo, dirección que creo que no existe y que revelaba una notable confusión. Pero así me lo dijo él. No sé por qué desde el principio creímos que había alguna clase de relación entre la imagen de un hombre y la del otro tan diferentes al parecer.

Lo vimos —al griego— tres o cuatro veces y cada día llevaba gafas diferentes. La primera con concha de color ambarino (dorado claro), la segunda de nácar y la tercera

de plata. Lo que nos dijo la primera vez fue en relación con su vista: sufría no de glaucoma, que habría sido grave, sino de explosiones silenciosas debidas a una clase extraña de luz (como si esa luz saliera de él mismo, de su interior), que le confundía las cosas y cuando esa luz propia chocaba con la del sol se quedaba ciego por un rato. Esa era la causa por la cual los días de sol no salía de casa. Es decir...

—Si estando en la calle un día nublado sale el sol —explicaba— entonces me pongo estas gafas negras, tomo un taxi y me voy a casa a dormir.

También estas cosas me recordaron el mito del Tonatio. Llevaba gafas negras que se cerraban contra las sienes, de modo que con ellas puestas no veía otra luz que la que filtraban los cristales. Extraña precaución. Tenía verdadero pánico a la luz solar como lo tienen algunos insectos.

No daba yo importancia a aquel hombre en cuya persona había reflejos raros —un diente de oro, brillante, centelleante, sortijas, pulsera con reloj, gemelos con diamantes en los puños— y no habría vuelto a pensar en él si no se hubiera dirigido a nosotros en el restaurante del hotel Lincoln en la calle de Revillagigedo las tres veces que fuimos allí y cada vez no nos hubiera hablado de cosas personales. La primera de sus ojos deficientes, la segunda de que le habían quitado cuatro costillas del lado izquierdo hacía cinco años y por eso caminaba un poco desnivelado. La tercera nos estuvo hablando de su plexo solar en términos que todavía no acabo de entender. Pero los recuerdo bastante bien.

—Lo peor en mi caso —decía señalando el lado derecho de su estómago— es que aquí repercuten las explosiones de luz glauca. Yo diría que en este otro lado, en el plexo, llevo esa luz interior que produce colisiones con la de fuera. Colisiones incómodas. A veces terribles.

No he dicho aún la manera de entrar en relación con el señor Photynos. Claro es que cuando tropieza uno con tipos tan inusuales lo de menos es que los haya conocido de un modo u otro ya que el hecho de conocerlos borra y destruye las circunstancias adyacentes. La cosa fue un malentendido y de ese malentendido nacieron otros muchos como se verá. Mi amiga Nadia, que estaba conmigo las tres veces que vimos al señor Photynos llegó a tener miedo y cuando me veía a mí reír de su miedo tenía más miedo todavía. Ya se sabe cómo son las mujeres.

Cosas como esa sólo pasan en México realmente, y en un México que poca gente conoce. Yo lo conozco desde 1904 cuando siendo niño —apenas tres años— fui con mi padre y me perdí en Peralvillo y anduve cinco días por las calles sin rumbo comiendo desperdicios y durmiendo en los portales. Pero ahora no hablo de aquel tiempo que recuerdo a pesar de todo con nostalgia sino de mi último viaje.

El señor Photynos se acercó a mí el primer día en el restaurante del hotel Lincoln y me dijo:

—Señor Ramírez, mañana recibirá usted una exposición detallada del problema del transporte de vidrios, cristales, espejos y similares en el Distrito Federal. Un *report* de veras luminoso. A las diez lo tendrá en su secretaría.

Luego se fue, pero se quedó cerca de nosotros, en su mesa, comiendo. Nos envió, con el camarero dos copas de brandy Napoleón y yo le envié una de manzanilla. Entonces volvió y pidió permiso para sentarse a nuestro lado. Aquel día llevaba gafas con aro color de ámbar y repetía:

—Señor Ramírez, el informe estará mañana mismo en sus manos.

—Pero yo no me llamo Ramírez —advertí mirando alrededor con una sensación de incomodidad.

—No se preocupe —dijo él poniendo sus manos juntas

sobre el borde de la mesa—. Yo soy discreto y comprendo. Cada cual sabe quién es y yo no volveré a decir su nombre en alta voz, puede estar seguro. Al menos en lugares públicos como este.

Luego dijo cosas de una extravagancia memorable. Escuchándolo yo pensaba: “Cree que soy Ramírez. ¿Qué Ramírez? ¿Antonio, Pietro, Tulio Ramírez?”

Pero él hablaba de su plexo solar otra vez:

—Todo el gozo y la miseria de mi vida están aquí, en el plexo solar y tal vez le sucede así a todo el mundo aunque no se dan cuenta. Tengo un enredijo de nervios luminosos cada uno con un color diferente detrás del estómago y un poco a la izquierda. Ahí tenemos todos la mayor concentración de nervios del sistema que llaman los fisiólogos simpático. Aquí, enfrente de la aorta y en este plexo de nervios, hay ganglios importantísimos. Y es donde la vida por decirlo así luce secreta y radiante. No del todo secreta, por fortuna. No del todo radiante, por desgracia.

Eso de los ganglios me ha interesado siempre y me puse a escucharle con atención, pero seguía preguntándome qué clase de Ramírez era aquel con el cual me confundía. A fuerza de oírlo, verlo y pensar en él imaginé que Photynos podía encarnar quizá también el mito indio del sol que los días nublados baja y camina entre los hombres. Una especie de *tonatio* en vacaciones. Así pues no era el indio de la saya roja sino aquel extraño comerciante en vidrios. Mi imaginación sustituyó al uno con el otro. Trataba de explicarme el mito por el lado europeo que es tal vez el mío.

Desde luego Photynos no tenía nada de azteca ni de tolteca. Había en él cierta prestancia europea (no de español) y su origen era probablemente griego aunque tal vez nacido en México. Corto y macizo tenía aire presidencial como el *capitán redondo* del poemita de Lorca. Igual que ese capitán el señor Photynos llevaba un chaleco de

raso color pajizo. A veces no se podía mirar aquel chaleco sin entrecerrar los párpados para evitar el deslumbramiento. El restaurante Lincoln estaba lleno de sus reflejos.

Y hablaba como digo del plexo solar diciendo que las silenciosas lumbres de los cristales, vidrios y espejos de su almacén le afectaban allí y por eso no podía acercarse demasiado a ellos. No podía ni debía ayudar a trasladar un espejo de un lado a otro. Había que acercarse en todo caso a ellos muy cautamente.

—Y usted sabe lo delicado que es eso y lo descuidados que son los mozos. Óigame, señor Ramírez y crea que no exagero. El descuido de los mozos en los traslados es la causa de que antes que yo se hayan declarado en bancarrota tres cristaleros del Distrito Federal.

—Pero yo no me llamo Ramírez.

—Bien —dijo Photynos con un gesto como de espantar una mosca—. Es secundario. Yo comprendo que usted quiera pasar desapercibido en la calle y en el restaurante, pero mañana recibirá mi informe. Aténgase a él, por favor. Los mozos con sus tres semanas de salario en caso de despido no se cuidan mucho de hacer las cosas mejor o peor. Usted sabe, trabajan un mes y si son despedidos ganan en la última semana tres veces más de su salario regular. Entonces se ponen a trabajar en otra parte para hacer lo mismo. No digo que lo hagan todos, eso no. Pero los que me han tocado a mí descuidan su trabajo con esa idea. El transporte de las lunas por la ciudad se hacía hasta ayer a mano en unas grandes parihuelas que llevaban entre dos. El de delante iba diciendo para avisar a la gente: “Plaza, por favor. . .” Usted, señor Ramírez, los habrá oído muchas veces: “Plaza, por favor. . .” Y creo que es una expresión arcaica que sólo usan en México.

—Pero yo no soy Ramírez.

—Comprendo que lo niegue, señor Ramírez, porque en

su caso yo haría lo mismo. Como le digo el transporte se hacía y todavía se hace en algunos casos a mano. Porque el pavimento de las calles es demasiado irregular y los camiones andan brincando y esos brincos son peligrosos para el cristal. Todavía si se tratara de brincos verticales el riesgo sería menor, pero son movimientos frecuentemente diagonales y esos son los más peligrosos. Brincos de carnero. Entonces y teniendo en cuenta que esos transportes están autorizados por la superioridad, únicamente en los días nublados. . .

—¿Cómo dice? —preguntaba Nadia poniendo tres gotas de limón sobre una ostra.

—Sí, señora. En los días nublados.

—Pero ¿por qué?

—Es largo de explicar, aunque fácil de comprender. Mire usted, señora Ramírez. . .

—Yo no soy la señora Ramírez, tampoco.

Me miró Photynos como si pensara que siendo ella la señora de otro individuo tenía que ser la nuestra una relación extramarital. Y yo mirándola a ella y viendo su perfil de honesta madre de familia no pude evitar la risa. ¿Una relación extramarital? ¿Nadia, una honesta madre de familia echando el trillo por las piedras? Aquel equívoco me parecía encantador.

Photynos reía también. No sólo tenía un diente de oro sino varios. Uno en el lado izquierdo junto al colmillo y tres en el lado derecho. Además, dos dientes frontales de abajo. Cuando reía aquellos dientes lanzaban destellos luminosos en todas direcciones. Y en el fulgor de esa luminosidad desaparecía la faz de mi amigo. La cosa resultaba decorativamente cómica. Yo comprendía por qué hay negros que se hacen forrar un diente de oro aunque lo tengan sano.

Nadia seguía riendo y el maitre del restaurante acudió

obsequioso, se informó de si estábamos bien atendidos y se fue sonriendo también como un secretario de embajada. (Así suelen sonreír los maitres en los restaurantes caros y perdón por esta observación trivial.)

Photynos, cuando pudo acabar de reír, continuó:

—Sólo transportamos vidrios los días nublados porque no sé a quién se le ha ocurrido que las grandes superficies de silicato de aluminio producen reflejos violentos y esos reflejos no sólo pueden deslumbrar a un chófer y hacerle perder la dirección sino que pueden cegar a personas de vista declinante. ¿Oye? Y también dicen —y esto es ya hilar delgado— que pueden coincidir varios reflejos superpuestos y producir quemaduras en la piel e incluso incendios en algún edificio como hicieron en la antigüedad los espejos de Arquímedes. ¿No fue Arquímedes? Pero ya digo que esas precauciones son excesivas y que es hilar demasiado fino o como dicen los pastores, esquilan los huevos. ¡Eureka!

—¿Qué huevos son esos? —preguntó Nadia mirando el menú.

Como es natural yo no se lo expliqué a Nadia. Habría sido impertinente. Y el espejero-cristalero seguía hablando:

—Pero hay otro peligro y en ese no ha caído nadie. El de herir el plexo solar que es el lugar donde se aloja nuestra alma. Las únicas heridas eficaces que recibe nuestra alma son causadas por rayos de luz que pueden ser favorables o no y cuando no lo son yo las llamo *transverberaciones malignas*. Porque es importante dar a las cosas nombres funcionales. ¿No le parece? Yo llamo *alma* al lugar donde se acumulan y superponen los efectos de todos los imponderables memorativos o expectantes. ¿Comprende? En fin y por una razón u otra en la vieja Tenochtitlan está prohibido transportar superficies de silicato de alumi-

nio por la calle en los días en que luce el sol, como acabo de decir. Eso es cierto y lo hallará usted en mi informe.

Yo no escuchaba —me parecía aquello inexacto y absurdo— pero atendía a la voz de Photynos. Era una voz barroca de la misma clase que los ruidos de las láminas de hojalata cuando entrechocan. Comprendo que ese ruido es difícil de identificar en la realidad, pero si vemos una lata vacía tropicando por el pavimento delante de la bota de un muchacho y si vemos en un vertedero de basuras un camión descargando latas vacías habremos oído al mismo tiempo un ruido muy semejante al de aquella voz (en el primer caso) y al de su risa (su carcajada) en el segundo.

Nadia pedía aclaraciones:

—¿Dice usted que en el plexo solar se acumulan los imponderables memorativos? ¿Cómo pueden acumularse en un lugar tan concreto cosas tan abstractas? ¿De dónde saca usted eso?

—Es una manera de hablar, señorita.

—Señora, soy señora.

Debía pensar Photynos: “Si ella es una señora, pero no la de Ramírez, quiere decirse que la de ellos es una relación adulterina por los dos lados.” Yo veía esa reflexión en los ojos de Photynos, quien con una expresión de placidez repetía:

—Es una manera de hablar. En el plexo solar es donde se producen sin embargo los fenómenos más importantes de la vida del individuo, es decir aquellos en los que el sentimiento se convierte en sensación o viceversa. Por ejemplo la ausencia de un ser querido, duele. La ausencia es abstracta y el dolor concreto. Pues bien, el paso del dolor moral al físico se produce en ese juego de nervios, venas y ganglios que hay en el plexo solar igual que en la célula fotoeléctrica del cine, señores. Otro ejemplo: los

celos ponen amarillo al celoso. Bien, los celos son abstracciones y el color etcétera, etcétera. Ese color amarillo se forma en el hígado por influencia directa del plexo solar que en su célula fotoeléctrica cambia lo moral en físico, el afecto en sensación y lo implorable en llanto o risa. ¿Está claro, señora de Ramírez? ¿Ah, no es usted la señora de Ramírez? Perdóneme, pero como decía el peligro mayor del transporte de superficies refractarias está en la sensibilidad de la gente localizada en el plexo solar. No es ese sin embargo el pretexto de la ley, sino una motivación falsa como les he dicho antes. La luz está en el origen del sentido legal de todos los pueblos, eso es obvio y no necesito explicarlo a personas como ustedes, supongo. La luz de fuera o la de dentro.

Seguíamos comiendo y Photynos que había terminado pidió un brandy como el nuestro y continuó después de morder la punta de un cigarro habano y mientras buscaba cerillas por los bolsillos:

—Yo creo saber quién soy, como cada cual sabe quién es. Yo, Photynos.

—No —dije yo medio en broma—. Eso no es cierto. No todo el mundo sabe quién es. Casi nadie lo sabe, eso.

—¿Cómo? —preguntaba él, perplejo, echando el humo de la primera inhalación hacia el techo—. ¿Qué quiere decir?

—Que muy pocos saben realmente quienes son. Claro es —añadí— que cada cual cree que es sí mismo... pero ahí está la base del problema. Cada cual cree que es sí mismo, pero no lo es. De ese error tan generalizado vienen los peores males de nuestra época. Porque la gente vive, actúa, ama, pelea y duerme con la convicción de que es sí mismo el que hace las cosas. Y eso no es verdad. Muy pocos son sí mismos. Cada uno es por lo menos cinco personas: primero el que es, segundo el que cree que es, ter-

ceros el que su mujer ve (cosa importantísima ésta, que hizo sonreír a Nadia). Cuarto el que ven sus amantes ocasionales y quinto el que actúa, que no es ninguno de ellos, pero que en casos especiales puede ser todos ellos juntos. Los mexicanos, pueblo viejo, maduro y complicadísimo en el mejor sentido, saben eso muy bien. Mejor que nosotros. Habría que añadir todavía los “yos” interesados que ven nuestros enemigos, según la temperatura, la presión atmosférica y el grado de humedad de cada día o cada hora.

Se tocaba el lugar del plexo y añadía:

—Todos los hechos importantes de mi vida repercuten aquí. Y todas las noches son para mí noches de bodas en esta ciudad única, con aromas de azahar en cada esquina. Muchos extranjeros viven en México en una permanente noche de bodas y no acaban de saber por qué. Ni saben el nombre de la novia. No quiero decir con eso que yo sea extranjero, porque no lo soy en parte alguna del mundo y menos en México donde tuve el buen acuerdo de venir al mundo. En un día nublado, claro. ¿Oye usted? Ese detalle no es baladí.

Se ponía a explicar que para evitar el efecto de congestión de mismidad y la transverberación maligna había pensado cambiar el orden de su vida y dormir de día y trabajar de noche. Ese sistema le iría mejor, porque los días de cielo despejado y sol no podía salir de casa. Se quedaba en el fondo de la tienda con luz artificial en un estado parecido al letargo, incapaz de hacer nada, con el correspondiente sentimiento de frustración.

—¿Y a qué lo atribuye usted? —preguntaba Nadia sirviendo vino de una jarrita de cristal muy fría.

Explicó Photynos algo en relación con el aire seco, el magnetismo, los rayos cósmicos, pero era tarde, no poníamos atención y después de una larga serie de elaboradas

excusas nos despedimos (todavía la despedida fue compleja y retórica) y nos fuimos. Nadia con un sentimiento placentero de liberación y yo con la impresión de estar haciendo algo incómodo e inadecuado.

Pero nos fuimos.

En la calle Nadia me preguntó qué clase de sujeto era Photynos y yo le dije en broma que tal vez no era sujeto alguno y que se trataba del mismo sol disfrazado de persona que andaba entre la gente. Dijo ella ligeramente: "no es bastante brillante para eso". Yo le respondí: "Precisamente. Disimula su brillantez para que nadie sospeche." Ella no sabía si reír o enfadarse. Yo le advertí: "No vayas a pensar que los indios creían al pie de la letra en ese mito, pero les gustaba entonces igual que hoy mezclar la fantasía a la realidad y gozar de las dos. Sabía determinación, esa."

Una vez en el hotel y en nuestro cuarto yo me puse declamatorio: "Aquí está el fin de mi jornada, aquí está mi meta y la boya que marca mi periplo postrero." Estaba imitando a Shakespeare en "Otelo". Nadia desde su cama abrió los ojos sorprendida:

—¿Qué quieres decir?

—Que si esta noche hubiera un buen terremoto sería la última noche de nuestra vida.

—¿Y lo dices riendo?

—Sí, ¿qué más da? En México la muerte puede ser voluptuosa también. Por si acaso ven aquí y celebraremos el fin del periplo, que dirían los abuelos de Photynos.

—¿Qué es periplo?

—Un viaje.

—¿Un viaje como los demás?

—No. Un viaje en zancos al lado de los mares mediterráneos. Periplo. A grandes trancos históricos. Periplo.

Luego Nadia se durmió y yo pensando en Photynos no

pude menos de seguir identificándolo con el *tonatio* que baja del cielo para vivir algunas horas de vez en cuando entre los hombres. Que fuera griego o tolteca o maya era una cosa trivial al lado de la magnitud del prodigio.

Supe otras cosas, de Photynos, más raras todavía. De noche se disfrazaba para no ser conocido porque presentía en ese hecho algún riesgo más o menos determinable. ¿Cómo se disfrazaba? Tenía según me dijo un camarero del restaurante un traje harapiento que se ponía y se quitaba entero y de una vez sobre el traje de gran burgués que llevaba durante el día. Pantalones, chaleco, chaqueta (incluidos los harapos, el forro desgarrado que colgaba y la manga recosida y con parches de colores distintos), se los ponía de una vez como si fueran una sola prenda y quedaban tan bien adaptado a su cuerpo como si sobre él le hubieran sido cortados y cosidos. De noche, pues, Photynos parecía un mendigo (y tal vez lo era). No un mendigo de ópera sino del patio de Monipodio, es decir de un patio de Monipodio mexicano.

Yo me apresuré a indagar más noticias, pero no pude saber sino que nadie había conocido nunca a Photynos en un estado de edad o de fortuna diferentes de esos. Un amigo del Dr. Atl, que era uno de los mexicanos más veraces que conozco, dice que en 1903 ese señor Photynos era ya tan viejo o tan joven como ahora. Es decir, lo parecía. Y existe mucho antes (en 1535) una alusión a él en el libro de Bernal Díaz, con el mismo nombre —según he oído—, cosa por demás extraordinaria.

Una tarde lo encontré en la calle a las siete y media más o menos. No lo habría conocido si no supiera de antemano que a esa hora andaba ya disfrazado. Era el momento en que los vendedores de lotería se desgañaban por las calles ofreciendo los últimos billetes antes de que comenzara el sorteo y no tener así que devolverlos. O de otro

modo (pasado un plazo estricto) evitar verse en el caso de quedarse con ellos y tener que pagarlos en la expendedoría. Todos iban y venían nerviosos y agitados como grillos encelados y gritadores.

Claro es que hay la probabilidad de que les toque un premio, pero es muy remota y ellos lo saben mejor que nadie y no aceptan riesgos. Tampoco quieren ser ricos. Les basta con ganarse la vida sembrando un poco de ilusión entre los humildes.

Andaba el señor Photynos con unas gafas ahumadas y un bastón como si fuera ciego pregonando impaciente y alarmado (como los otros) su mercancía. Vendía largas tiras de papel verde o azul con números impresos. Me acerqué con la sospecha de que era él aunque el color rojizo de su rostro congestionado parecía negro por la noche. Le dije, presentándome, que era Ramírez.

—Bien —replicó él, con cierto humor—. En cambio yo no soy Photynos, al menos para la gente nocturna. De noche me llaman el Maroto. Un apodo feo. Viene de que hubo un tal Maroto que escandalizaba como pederasta, hace ya tiempo. Y me sucedió una vez que un perro me atacó y se llevó en los dientes parte de mi disfraz. Al ver que por debajo iba yo vestido como un banquero dijeron que yo me disfrazaba de miserable para practicar la pederastia igual que el otro. La gente necesita explicarse las cosas a su manera que rara vez es una manera limpia. A mí me da igual. Yo soy *sexless*, que dirían los griegos y mis placeres de voluptuosidad los tengo solo con los juegos de luz y de sombra sobre mi piel. Mucha sensibilidad hay que haber desarrollado en la epidermis, para eso, pero a mí me falta sensibilidad y las transverberaciones que para los otros son malignas para mí son con frecuencia orgiásticas. Es una notable diferencia.

Lo miraba yo, extrañado:

—¿Y anda toda la noche por ahí, digo, sin acostarse? ¿Es que duerme de día?

—No. Apenas duermo. La verdad es que la gente duerme demasiado, come demasiado, bebe demasiado. Yo soy más bien un hombre ascético. Cuando el día amanece nublado como amanecerá mañana —y esto lo dijo mirando de reojo las nubes— no duermo. Me voy al mercado y voy y vengo entre los puestos de vendedores, feliz y contento porque nadie me reconoce ni como Photynos ni como Maroto ni como...

Iba a decir más, pero desistió. Yo le pregunté:

—¿Como *tonatio*?

Había que ver a Photynos primero sorprendido e incómodo, después riendo con todo su cuerpo, inclinándose hacia atrás con los hombros alzados, el vientre orondo, los pies inseguros. Me di cuenta de que estaba borracho. Tan borracho —vergüenza da recordarlo y los lectores me perdonen— que mientras reía se orinaba y el líquido salía por debajo del pantalón y se extendía en la acera. Hablaba congruentemente:

—Ya lo ha dicho —balbuceó sin dejar de reír—. Sabía que usted lo diría porque algunos españoles ven crecer la hierba. ¿Yo, *tonatio*? En primer lugar lo pronuncia usted mal, no es *tonatio* sino *tonathiu*. Luego podría ser cierto pero le ruego que no lo repita por ahí. Usted sabe algo de mí yo sé algo de usted. Usted es poeta y ha escrito poemas que me atañen de un modo indirecto. Por eso me habla de una manera natural, digo, sin reverencia, pero también sin desdén. La gente suele reverenciarme de día y ofenderme de noche, aunque con usted no hay bromas y ni los harapos ni los chalecos de raso cambian su manera de juzgar. Ni siquiera estas pequeñas expansiones, digo la emisión de líquido renal pantalón abajo por la cual le ruego que me perdone. ¿O mien-

to cuando digo que usted ha escrito sobre mí? (Yo negué, es decir le aseguré que no mentía.) Ya lo sé. Ha escrito sobre mí un poema. Si me lo recita aquí, entre nosotros, y me agrada *I will reward you* como dicen los gringos. ¿Cuál será el premio que le daré? Ah, eso lo verá usted luego. Sólo quiero decirle que puedo hacerlo y que el premio vale la molestia. Dígame el primer verso. (Yo le recité un poco aprensivo porque en la recitación de versos va implícita siempre, y no sé por qué, una cierta tontería: “*Bajó el sol del Caribe en el nublado...*”) ¿Ve usted? Pero, no. No diga “del Caribe” porque el sol es el sol y esa expresión lo limita haciéndolo sólo un elemento del folklore antillano. Es verdad que allí el sol brilla con una especie de paroxismo. En la doblez de cada ola, en el reverso de cada hoja de *flamboyant*, en la comba del labio de cada negra, en cada gota de lluvia. En los instrumentos de música de las bandas militares (¡y qué bandas hay en Cuba, en Puerto Rico, en Santo Domingo, en Haití!), pone también resplandores. Y aquí y allá destellos cegadores. ¿No ha visto usted cómo después de la lluvia cada gota de agua colgando de una hoja verde parece al sol una llamita encendida, unas veces color de oro y otras de plata? Yo querría estar en todas partes, digo durante los días nublados, pero sólo puedo venir aquí. Es un misterio de los toltecas remotos. Solo puedo venir aquí y nunca le diría a usted por qué. Me está prohibido. ¿Comprende? Dígame el segundo verso. No es muy bueno su poema, pero tiene invención, lo que rara vez se encuentra ahora en la poesía. (Yo recité halagado: “. . . *con saya roja aunque se es varón*”.) Ya veo, ya veo. Usted ha visto algún taramara corredor de los que vienen por aquí con las zancas desnudas y una vez en la ciudad se ponen a veces una falda roja y fuman su hierbita. Ellos también viajan en periplos. Pero yo nunca me he puesto faldas y menos de ese color.

No es que tenga prejuicios. Los árabes llevan faldas. Y los judíos. Y los persas. Y muchos hindúes y chinos y japoneses, pero si yo me la pusiera no sería roja. El rojo absorbe los rayos luminosos como el negro y los dos son colores malsanos. Yo prefiero el amarillo, el azul claro o el mismo blanco que con sus superficies brillantes y bruñidas son verdaderas orgías para mí. Entonces mi cuerpo irradia y los reflejos que produce alrededor, cerca de mí, son verdaderas satisfacciones para mi amor propio. Son lo que yo llamaría acción refleja, es decir no directa sino más bien derivada. Pero no es usted del todo exacto, porque tampoco soy varón con faldas o pantalones. Soy *sexless*, como suele decir la gente más arriba del río Bravo. Eso del sexo lo dejamos para los pobres hombres de la tierra que no tienen otra cosa. Y que con el sexo arman los grandes laberintos y todo lo involucran. Pero debo advertirle algo seriamente. Los toltecas se equivocaban en esta materia del sol que baja a los poblados. Es pura superstición. El sol está siempre en lo alto, fiel a su órbita dentro de la vía Láctea, como la vía Láctea es fiel a la suya en el universo y éste sigue leal a su órbita propia en el pluriverso y este pluriverso busca la manera de hacerse una órbita nueva y definitiva tal vez en las fronteras del eterno caos. ¿No es eso? Pero el sol tiene hijos. Cada ser vivo en este planeta es hijo del sol y los más conscientes de ellos nos convertimos tarde o temprano en una especie de delegados. Usted está en libertad de creerlo o no, pero por ahora le diré que aparte de los mexicanos que son por decirlo así los hijos predilectos del sol, los griegos le proporcionamos al sol los mejores delegados aquí en la tierra. Unos nos llaman *microzeus* o *microteos* y también *heliomegas*, no de *mega*, grande, sino de *omega*, es decir, la letra del alfabeto redonda como el sol. Bueno, frivolidades, aunque al lado del tema solar

todo parece trivial. Ahora dígame el tercer verso si lo tiene a bien. (Yo recité: "...quizá lleva debajo su calzón".) Y sin quizá. Lo llevo. Debajo de estos harapos llevo mi traje de buen burgués acomodado. Los harapos no definen nada. Eso es igual y yo lo llevo porque durante el día me gusta ir y venir como uno más entre la gente, usted sabe, aunque no sea yo exactamente como los otros. ¿Ve usted que vendo lotería? Es uno de mis pequeños trucos. El sol reparte la salud y las venturas. El dinero es el agente moderno de la salud y las venturas, ¿no cree usted? Bien, ya reparto dinero. ¿No quiere usted comprar lotería? ¿Cómo dice? ¿Me compra toda la lotería que llevo? Tanto mejor porque así me evita ir a liquidar a la expendedoría. Además estoy seguro de que va a obtener usted algún premio, de veras. En general el dinero va a donde hay dinero y ustedes son gente adinerada. No proteste, señor Ramírez, yo sé que no es necesario ser rico, es decir, tener caudales guardados para vivir como un rico. Si viene usted mañana aquí le diré algo más interesante, le diré por qué teniendo mi tienda próspera de vidrios me visto como usted ve y salgo de noche a vender lotería. ¿O se lo he dicho ya? No del todo. Yo puedo influir en la suerte y realmente dar dinero a través de estas tiras de papel. Pero en fin no digo más por ahora. Usted venga mañana a este mismo lugar a la misma hora. ¿Oye? No, no crea que voy a hacerle revelaciones sensacionales aunque en definitiva sensacional es cualquier clase de verdad relacionada con el sol. Yo le diré cosas simples, pero al mismo tiempo originales y nuevas. ¿Por qué voy a decírselo a usted y no lo he dicho antes a nadie? Ah, también eso requiere una explicación, pero no esta noche, por favor. Dejémoslo para mañana. ¿Le parece? Váyase con sus billetes de lotería y vuelva mañana. Por hoy ya basta. Tam-

bién mañana acabará de recitar su poema si lo tiene a bien.

Lo decía mirando de reojo al cielo como si tuviera prisa y consultara la hora por la posición de las pocas estrellas que se veían, porque estaba nublado. Se fue. Yo también me fui con mi vanidad de poeta un poco herida —es la más vidriosa vanidad del mundo— por no haberme hecho recitar el poema entero. No es que yo crea que ese poema era algo excepcional, pero bueno o malo interrumpir su recitación me resultaba un poco abrupto. He escuchado en mi vida muchos malos poemas hasta el final, sin chistar. En fin, un poco deprimido fui volviendo al hotel. Me acosté en mi cuarto y allí me quedé con las manos cruzadas en la nuca, mirando al techo, sin dormir. Nadia se había ido a pasar unos días a Acapulco con dos amigas.

Lo mejor de todo es que aquella noche (el sorteo comenzaba a las ocho) uno de los premios mayores de la lotería correspondió a medio billete —diez vigésimos— que tenía yo. Bastante dinero. La cantidad total deducidos los impuestos era considerable para mis costumbres: ciento sesenta mil pesos mexicanos, es decir una cantidad equivalente a unos quince mil dólares. Yo pensé gastarlos en México porque si los llevaba a los Estados Unidos y los ingresaba en un banco tendría que pagar impuestos muy altos. Casi todo se lo quedaría el fisco. Esa idea me deprimía porque era como un fraude no contra mí sino contra el destino.

Así pues lo primero que hice el día siguiente fue cobrar el premio y después ir a una tienda donde vendían pintura moderna y encargar siete u ocho cuadros (exactamente siete telas grandes y una pequeña) de autores conocidos y alguno famoso para que me las mandaran a mi casa de California. En la tienda resultó que tenía yo conocidos quienes al verme sacar del bolsillo un gran fajo

de billetes de mil pesos parpadearon nerviosos y luego se cambiaron miradas elocuentes de veras. Yo no dije nada de la lotería y como había que encarrilar por algún lado la imaginación escandalizada de aquellos comerciantes les di a entender que en California me dedicaba a la trata de blancas, confidencia que me hizo crecer bastante en su estimación.

La galería de arte era grande y bien surtida. La señora que estaba a su cargo en aquel momento era una mujer locuaz y simpática, de unos cuarenta años, con mucha hormona masculina en la sangre. Habitualmente se dirigía a sus clientes como una especie de Hércules que hubiera tomado cápsulas tranquilizadoras y no hubiera perdido sin embargo del todo su natural estamina. Se consideraba —yo creo— superior a los artistas cuyas obras vendía y parecía decir al comprador:

—Vea usted lo que hace, pero yo no colgaría ese cuadro en mi casa. Con eso no quiero decir nada, porque una está aquí para vender. Allá usted.

Luego con una mirada ejecutiva y rascándose el trasero añadía aún:

—Qué, ¿se lo queda o no?

Para ella los pintores se clasificaban en tres grandes grupos: maricones, cabrones e hijos de puta. Pero lo decía con tanta sencillez que no ofendía. Yo disimulaba la risa. Ya digo que compré más de sesenta mil pesos de pintura, que he enviado a mi casa. Entretanto calculaba el tiempo que faltaba para ver al viejo Photynos y el día me parecía de veras muy largo. Quería ante todo darle las gracias, como es natural.

A la hora acordada lo encontré en el lugar del día anterior. Lo primero que hizo fue pedirme que le dijera el cuarto verso del poema y creo que lo hizo con algún

sentimiento de culpabilidad. Yo recité los tres anteriores y añadí:

“...y entró sonando latas al mercado.”

Photynos volvió a hablar caudalosamente y yo lo escuchaba sin que hubiera manera de interrumpirle. Decía Photinos:

—Ya ve usted: entró sonando latas al mercado. Este es un verso muy visual por decirlo así. El delegado del sol debe ir vestido de cosas brillantes y como no va a ir vestido de espejos, pues, por lo menos, de hojas de estaño que no sólo brillan sino que al andar entrechocan: *y entró sonando latas al mercado*. Ahí en ese verso veo su orientación en cuanto al tratamiento literario de las superficies brillantes. Porque no basta con decir el sol, la luna, Sirio, Antharés. No basta. Hay que buscar un ángulo peculiarmente sensual: *y entró sonando latas al mercado*. Es una manera complementaria de afrontar el hecho transverberal añadiendo un efecto acústico. ¿Pero dice que quiere darme las gracias? ¿Por qué? ¿La lotería? ¿Cuánto ha ganado? ¿Ha gastado ya la mitad en pintura moderna? Ah ya veo. ¿Y es pintor usted mismo? Entonces comprendo. ¿Quién le interesa más entre los pintores? Digo, entre los mexicanos. ¿Tamayo? Sí, a mí también. Muy interesante es Siqueiros, pero pinta por decirlo así con el temperamento y Tamayo es más intelectual. Hasta en los casos de pintores de gran temperamento como el viejo Tiziano hay que reconocer (el mismo veneciano famoso lo decía) que la pintura es cosa de la cabeza. Pero volvamos a su poema. El sol entra en el mercado bajo el cielo nublado, vestido de latas y haciendo sonar las latas. Está bien. Dígame el verso siguiente. (Yo añadí: “*buscaba a Trinidad enamorado...*”). Ah, sí, Trinidad. Ese nombre corresponde a un tipo que puso alguien en una novela, ¿no es eso? Un buen elemento,

Trinidad a quien mataron en una isla penal del Pacífico la noche de novios. Un magnífico elemento que vive sus nupcias después de muerto. Su fantasma se refocila yendo y viniendo por la isla lleno de rijosidad nupcial. ¡Qué cosas pasan en esa novela! No digo que esté mal. No es buena ni mala. Es otra cosa y habría que inventar un calificativo adecuado, lo que no sería fácil. Sus caracteres no son productos sociales sino, por decirlo así, solares. Cada vida humana es una oxidación. Digo una especie de fuego que consume oxígeno. Y usted y todos los animales y los hombres y las plantas son un poco de vida solar (que el sol ha permitido a ustedes aislar) y que actúa y va y viene en dos patas orientada por los ojos y por la imaginación. Así va usted por el mundo. Su imaginación igual que sus ojos y su sangre son producto de esa oxidación lenta o rápida que el sol preside con su combustión orgiástica de hidrógeno y de helio. Así, pues, usted es un poco de sol y yo también. Yo más que usted. Se podría decir que la vida es sólo ese proceso de combustión (la oxidación es una combustión) de los elementos solares que hay en nosotros, durante cuya combustión se producen fenómenos que llamamos morales, espirituales o intelectuales que bien mirados no son sino aspectos diferentes de una misma combustión: la de arriba. Usted ha oído hablar de las manchas solares y de su influjo en la vida de los hombres, aquí abajo. Es verdad. Si no se lo ha dicho nadie voy a decirselo yo. Esas manchas solares son solo el lado contrario de la combustión solar. Una especie de escándalo nuclear donde el calor alcanza niveles superiores a toda combustión posible en la tierra y por decirlo así la combustión se convierte en otra fuerza. ¿Qué fuerza? La que llamamos aquí magnetismo o gravedad, eso es. Las manchas solares. Todos somos hijos de las manchas solares aunque la vida de usted señor Ramírez es una vida regida

y presidida no por el sol sino por Saturno. Una vida saturniana. No, no proteste. Lo saturniano no es lo que los poetas creen sino algo muy diferente. Los poetas creen que lo saturniano es lo malsano brillante. Lo decadente afirmativo (la afirmación de la decadencia). No hay tal. Lo saturniano es sencillamente la antivirtud en cualquiera de sus formas cuando esa antivirtud es más afirmativa que la vida misma de donde la virtud procede. ¿Usted comprende? El anillo de Saturno, es decir los tres anillos porque son tres, están formados por miles de millones de pedruscos a los que han quedado reducidos sus viejos satélites desintegrados. Gracias a esos pedruscos y a las reciprocidades de sus reflejos (intercambiándose una luz que brilla al mismo tiempo en todos los segmentos del planeta) es Saturno el planeta mejor iluminado del sistema solar. Gracias a su desdén de la virtud convencional los saturnianos son los únicos seres verdaderamente virtuosos del mundo. ¿Comprende? ¿No? Bien, en todo caso su verso dice: "...buscaba a Trinidad enamorado". En ese libro donde se habla de Trinidad muerto en la noche de nupcias, en ese libro todos los individuos que intervienen son productos no sociales sino solares. Mejor que nunca se ve allí que la vida es la conservación orgiástica (porque no sólo hay orgía en el desgaste y en el derrame liberal) de esa energía solar que cada uno tiene y consume a su modo. Un día se acaba y queda el cuerpo frío como el pedrusco del anillo de Saturno. Iluminado, pero frío. Si la vida puede ser lo oscuro brillante como es en nosotros esta noche, la muerte es por decirlo así y si usted me lo permite, lo frío iluminado. La iluminación de un cadáver ya no sirve sino para que nosotros (con miles de ellos vistos, conocidos, amados a lo largo de la vida) formemos nuestro anillo de Saturno que nos ilumina por la noche y nos hace visibles para los otros. ¿Qué dice? ¿Que soy confuso?

Es que la gente cree que la confusión viene de la oscuridad y no hay tal porque es peor la confusión que viene de la luz. Trinidad estaba enamorado, es verdad. Y su amor que era el punto más alto de su oxidación y de su vida solar quedaba después de su muerte irradiando oscuridad mágica —y magnética— por la isla como las manchas solares la irradian sobre la tierra. Dígame el verso siguiente por favor (yo recité: *para darle su girasol de oro...*). ¿Ve usted? Esa es una feliz alusión. Su girasol de oro. Yo también le di anoche mi girasol de oro. ¿No cree? Todo ese dinero ¿qué es? El girasol es además la flor que mejor copia la apariencia solar. Un gran disco oscuro en el centro (oscuro a fuerza de luz y calor) rodeado por una corona y corola de pétalos que dan una impresión de amarillez o de blancura y que parecen en el girasol lenguas de fuego ni más ni menos que las de nuestro padre. El girasol da la cara al sol padre durante el día y por la noche dobla la cabeza sobre el tallo y mira a la tierra hija del sol. “Para darle su girasol de oro.” Eso es. El sol ama al prieto Trinidad y le quiere dar su girasol de oro. (Yo añadí sin esperar que me preguntara: *y comer barbacoa y ver al toro — en la placita en fiestas del poblado.*) Comer barbacoa y ver al toro son cosas que suelen hacerse bajo la luz solar. En cuanto a la placita en fiesta del poblado la imaginamos redonda como el ruedo y como el sol. La redondez es la forma perfecta. En esa redondez hay superficies brillantes que devuelven la luz aquí y allá en colores de millares de matices diferentes y sombras que los realzan. Trapitos de seda brillante, pañuelos en las cabezas de las mujeres, telas tendidas a secar y también —simplemente— la tez de los hombres, oscura, curtida y brillante. La placita en fiestas del poblado es así: redonda, colorista y brillante. Y como usted habrá podido ver en medio de la confusión natural de la feria (con pequeños petar-

dos que estallan aquí y allá), aparecen de pronto unos fantasmats fabulosos en escuadras solares, bailando con un ritmo milenario y alucinante. Graves, serios y obcecados. Obcecados a lo divino heliosístico, y perdone usted la manera pedante de hablar. Por eso digo que los mexicanos son más hijos del sol que nadie. Bailando con sus soles de plumas en la cabeza.

Yo quise añadir los demás versos, todos juntos. No estaba seguro de recordarlos exactamente, pero más o menos son: *Vete, vete ya el sol si es que el sol fueres — pero quédate aquí si no lo eres...* Photynos interrumpió: “Esa duda hace más verosímil la probabilidad. La duda es un poco boba y arbitraria y musical como suele ser en la poesía de los pueblos antiguos. El sol debe irse y si por casualidad no es el sol debe quedarse. ¿Cómo es posible confundir el sol con otra cosa? es algo que no entiendo. Se queda si no lo es y se va si lo es. Bien, la verdad es que el sol no puede irse demasiado lejos. Queda en la savia de los árboles, en el movimiento del girasol y en la tibieza de nuestra sangre. En los 36° centígrados de nuestra sangre está la presencia del sol. Esa temperatura nuestra es una parte de la temperatura del sol. Y fuera de nosotros está el sol también presente en otras partes. En otras muchas. Vamos al Zócalo ahora mismo, señor Ramírez, si no lo tiene a mal.

No tardamos en llegar. Una vez en el Zócalo vimos que estaba iluminado con millares de focos eléctricos. Nos quedamos un momento en silencio, impresionados. Luego Photynos siguió hablando:

—En mi almacén de vidrios, cuando todo está cerrado, de noche, cuando no entra la claror de la luna ni del reflejo de las luces de la calle yo veo superficies luminosas; pero en esos casos la luz es por decirlo así, negra. Hablo en sentido figurado, claro. Los espejos reflejan las som-

bras igual que de día reflejaban la luz. A veces enciendo una cerilla y la apago. En ese breve instante todas las superficies dan destellos. También en esos destellos está el sol porque el fósforo que he frotado viene del sol y de él trae la posibilidad más o menos secreta de la ignición y de la oxidación, eso es. Yo hago eso de encender y apagar como un saludo ritual. Un saludo nocturno ritual.

Todavía era mejor, según decía, encender un mechero sin bencina, es decir abrirlo apretando el resorte y ver que la pequeña claridad de la chispa de la pedreña, sin llegar a prender en la mecha, se multiplicaba millones de veces en superficies opuestas de cristal azogado. Miles de millones de veces. Y la chispa crecía en aquel laberinto de espejos hasta producir un relámpago que lo cubría todo. También aquel relámpago venía del sol como es natural. Y detrás del relámpago se veían millones de puntos luminosos, de chispas reproducidas en el fondo de los espejos. Como una constelación.

Toda luz y todo calor (y todo *color*) venían del sol. Yo le dije :“la luz de Sirio, no”. Y él me respondió: “Si no por el sol que le ha puesto a usted los ojos atemperados a los reflejos de fuera tampoco habría para usted luz de Sirio.” Y era verdad. No era fácil discrepar de aquel criollo redondo. Ático y redondo.

—Yo vine a México —siguió diciendo— hace muchísimos años y aquí seguiré, pero quiero recordar ahora lo que usted decía un día de aquel taramara que fumaba su mariguana recostado en el muro de un banco. Lo que usted decía de aquel indio de saya colorada que fumaba sin ver a nadie era verdad por un lado y mentira por otro. Lo que han escrito sobre el prieto Trinidad es verdad también por un lado y mentira por otro. Lo pondré más claro: es verdad por el lado del sol, mentira por el de la luna y un poco dudoso por el de los anillos de Saturno.

Aquellas palabras de Photynos no querían decir nada de veras lógico. Yo sospeché que eran expansiones de una locuacidad gratuita y sin sentido. Sucede a veces con las personas que tienen abundancia de grasas en el cuerpo. Era gordo Photynos hasta la exuberancia y así como hay gordos helénicos inspirados y exactos como era el buen Alfonso Reyes otros son solamente radiantes y expansivos. Es decir locuaces sin verdadera precisión.

Íbamos y veníamos por el Zócalo.

—Estoy fatigado —le dije—, con una fatiga parecida a la que solemos padecer en los museos después de la segunda hora de merodear.

—Entonces esperaremos un taxi y podremos sentarnos en el interior y seguir hablando. ¿No le parece? Ya sé que los taxis son para caminar. Pero ¿por qué no acomodarnos en los asientos y pagarle al chófer lo que sea? ¿Qué le importa al chófer?

Tardó bastante en llegar el taxi. Yo entré, pero el chófer al ver a Photynos tan harapiento extendió una mano en el aire y lo contuvo:

—Usted no. Con permiso. Digo que usted, no. Me llenaría los asientos de piojos, usted. Que yo lo conozco. Perdone, pero usted, no.

Photynos había entrado ya y se quitó su capisayo de mendigo dejándolo resbalar por los hombros. El chófer encendió la luz del interior y al ver a mi amigo con su chaleco de raso dio un grito como una mujer y dijo:

—Ustedes no son gentes sino meros espantos. ¿Por qué acuden a mí, los espantos?

Quería decir fantasmas y pisando el acelerador echó a correr sin rumbo ni dirección como si tratara de huir de nosotros. El taxi iba y venía por el Zócalo, negro y veloz como una cucaracha enloquecida. Nosotros hablabamos dentro, tranquilamente. Y Photynos pedía:

—Dígame el verso siguiente, por favor.

Yo dije, alegre de ver que no se olvidaba de mi poema:

... y si no tienes miedo a la verdad,

Aquí Photynos se exaltó diciendo que el sol no podía tener miedo a la verdad, es decir a verdad ninguna en caso alguno y por ningún concepto. ¿Cómo podía el sol...?

—Pero se trata de su delegado en la tierra, ¿comprende?

Bien, el indio de la saya roja podía tener miedo a la verdad si quería, pero no el sol. Photynos parecía ofendido:

—El que habla es usted, señor mío y se dirige al sol mismo, al mero sol que *buscaba a Trinidad enamorado para darle su girasol de oro*. No hay duda y me extraña que usted, es decir el autor, caiga en esa confusión. La verdad es la luz misma. ¿Cómo puede tener miedo el sol a la verdad? Lo siento mucho, pero eso, amigo mío, no es más que literatura. Irresponsable y ligera literatura.

Quizá tenía razón. El taxi seguía corriendo a lo largo y a lo ancho de la plaza y a veces hacía una curva demasiado cerrada frenando a fondo y los frenos chirriaban lastimeros. Miraba el chófer por el espejito retrovisor y pisaba el botón del gas. Cada vez que veía a Photynos redondo, radiante en sus galas, aceleraba como si quisiera alejarse de él y de mí. Photynos por su parte seguía hablando y dándome a entender, aunque no lo decía, que era hijo o delegado solar y que por esta circunstancia se creía al menos hermano de Dionysos. Algo así como el verdadero Kirie griego.

Quedamos en que yo cometía una blasfemia dirigiéndome al sol para decirle que hiciera tal o cual cosa *si no tenía miedo a la verdad*. Mi extraño amigo me dijo suplicante:

—El verso siguiente, por favor.

Me apresuré a recitar:

Que ayer lo hallaron muerto en la marisma...

Quedamos en silencio y el griego añadió después de un largo espacio:

—Sí, Trinidad muerto en la marisma era hijo del sol y de la esposa virgen del sol: de la luna.

El taxi seguía corriendo con una especie de frenesí desarticulado. Miró mi amigo alrededor, suspiró y dijo:

—Así es todo en México. ¿Ve usted? Trinidad, usted, yo. El Zócalo iluminado. Millones de lámparas en los frisos; las columnas, las cornisas, los tímpanos, los maineles, las gárgolas, las retejeras. Luz solar canalizada como lo es también en nuestras venas dando su botón de luz en cada bulbo como en nuestros ojos. Pero no hay nadie. Ni una sola alma en los soportales, ni en la plaza ni en el pórtico del templo. Nadie. Lo que se dice absolutamente nadie. Sólo nosotros corriendo por ahí sin rumbo y de una manera incongruente. Esperó que no me hace responsable a mí de esto. Digo, de estas carreras en zig-zag. El conductor cree que somos espantos y quiere alejarse de nosotros.

Me apresuré a decirle que no lo consideraba culpable.

—Después de los ciento sesenta mil pesos de la lotería usted no me llevará ya la contraria, ¿no es eso? No me entienda mal. Comprendo que es poco dinero para caer en el embuste interesado, ya lo sé. Usted no mentiría por dinero.

—Ciertamente. Al menos por ese dinero. Yo cuando miento lo hago casi siempre de un modo desinteresado y por razones que podríamos llamar apocalípticas. Las inexactitudes del apocalipsis se justifican en sí mismas. De veras. Dice por ejemplo el Apocalipsis de San Juan: "... y

entonces yo me paré sobre la arena del mar y vi una bestia subir de las aguas que tenía siete cabezas y diez cuernos y sobre sus cuernos diez diademas y sobre las cabezas de ella nombre de blasfemia. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo y sus pies como de oso y su boca como de león y el dragón le dio su poder y su trono y grande potestad. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte y la llaga de su muerte fue curada y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia. Y adoraron al dragón que había dado la potestad a la bestia diciendo: ¿Quién es semejante a la bestia y quién podrá medirse con ella?" Yo no quiero decir que eso sea mentira. Es simbología religiosa, ¿no le parece?

—Bien, bien —dijo Photynos incómodo—. Son mentiras por un lado y verdades por otro. Yo las llamo verdades heliosísticas. Toda alusión apocalíptica es una alusión solar, como cuando Trinidad entraba "sonando latas al mercado". No solo suenan las latas sino que fulguran, ¿comprende? Así pasa aunque en otro nivel más alto con esas palabras. Pero ¿por qué cae el delegado solar en la marisma? ¿Buscando el efecto acústico de la consonante que viene después? ¿No es eso, en todo caso, lo que llaman un ripio? O tal vez lo entiendo mal.

Yo dije que un hombre muerto en una marisma es un muerto de sed y de intemperie, de insolación o de hambre. En las marismas hay ondulaciones de arena, como en el mar, sólo que fijas y mineralizadas: silicatos de aluminio, como decía Photynos. Y se puede caminar por ellas sin descubrir un cuerpo muerto hasta verse encima de él. Además las arenas son muelles y blandas y un cuerpo caído en ellas nunca parece que ha muerto sino más bien que descansa. Un muerto caído en el desierto con los brazos en cruz ¡cómo y con qué fruición descansa!

Afirmaba Photynos con la cabeza y sintiéndose zaran-

deado por el coche —era más pesado que yo y los movimientos del carruaje le afectaban más— comenzó de pronto a ordenar al chófer que se detuviera. A la cuarta o quinta vez que se lo dijo chirriaron los frenos más agriamente que nunca y el carruaje se detuvo frente a la catedral.

Yo me asomé a la ventanilla, entreabrí la portezuela y dije mirando alrededor:

—No hay nadie. En toda la inmensidad de la plaza no hay nadie.

Pero él bajaba y se ponía otra vez sus harapos con los movimientos con los que podría ponerse sobre los hombros una capa italiana de gala. El chófer lo miraba de reojo y yo trataba de tranquilizarlo:

—Este señor es rico; pero le gusta hacer ejercicios de humildad. Si no lo tiene a mal espérenos aquí.

Se veía que aquel hombre recelaba. "He dado —dijo con destemplanza— más de cincuenta vueltas al Zócalo, lo que representa muy bien veinte kilómetros y ahora ustedes podría ser que entraran en el templo por esa puerta y salieron por otra sin que yo los viera. A eso le llaman dar el esquinazo. Se dan casos y es lo que yo digo: ¿quién me paga, entretanto?"

Le di un billete de mil pesos y él se golpeó la frente con la palma de la mano y comenzó de pronto a sacar billetes sucios de todos los bolsillos para darme el cambio. Le rogué que no me diera nada, porque el resto de aquel billete lo consumiríamos fácilmente en el resto de la noche tal vez dando más vueltas alrededor del Zócalo o yendo a algún lugar determinado con algún propósito.

Diciendo esto entré en la iglesia detrás de Photynos a quien dije el penúltimo verso un poco resentido porque no me lo había pedido:

...y la boca se come ya a sí misma,

Eso de comerse la boca a sí misma era la sorpresa poética. Una sorpresa fácil. Yo veía a Photynos arrodillarse en sus harapos, sin escuchar.

—¿Reza usted? ¿Es posible que un hombre como usted rece?

—¿Por qué no? ¿Qué puedo hacer esta noche yo, sino rezar por Trinidad? Primero le di a usted dinero y ahora rezo por Trinidad. Las dos cosas son congruentes y están naturalmente explicadas en sí mismas. Le di dinero y usted lo ha gastado casi todo. ¿Qué va a hacer con el resto? ¿O no me lo quiere decir? Está en su derecho. Yo vengo a rezar por esa boca de Trinidad que se come a sí misma y no comerá ya ninguna otra cosa. Ahora bien, Trinidad no está ya en la marisma.

—¿No? ¿Dónde está?

—Aquí, en la catedral. Por eso le traje a usted. Esta sí que es una buena sorpresa. No lo esperaba usted.

Cogió mi manga con dos dedos y me condujo a un lugar donde había un catafalco y encima un ataúd abierto. Allí estaba Trinidad en una larga caja forrada de seda violeta que le sentaba muy bien. Allí estaba pero sus mandíbulas habían desaparecido y el rostro comenzaba en la nariz. De ella para abajo no había nada, lo que se dice nada. (Es decir el esófago y la tráquea, y detrás las vértebras llamadas cervicales.) La boca se había comido ya a sí misma. La boca. Como decía Photynos recitando el último verso:

... *la boca del compadre Trinidad.*

Era el final del poema. La boca de Trinidad, que era compadre de Photynos y mío. Todos éramos criaturas solsticiales y equinociales, unos más dignos de amor que otros, es verdad, y unos más harapientos que otros aunque la apariencia exterior no importa gran cosa en definitiva. Mi

extraño amigo miraba al muerto repitiéndome una vez y otra:

—No esperaba usted encontrar aquí a Trinidad, ¿eh? Todo podía usted esperarlo menos esto.

Después de recorrer el templo sin hallar a nadie Photynos salió a la puerta y se dirigió al chófer para rogarle que fuera a buscar al sacristán.

—Yo no tengo por qué ir a despertar a nadie a estas horas. Vaya usted si quiere.

Volvió Photynos decepcionado y al acercarse al féretro le indiqué con el dedo la cabeza de Trinidad, que había disminuido más todavía. La nariz estaba casi consumida y sólo quedaba el puente superior ligado al entrecejo. “Al parecer —dije— Trinidad sigue comiéndose a sí mismo.”

—Pero eso no es posible. No tiene boca, ya.

La parte posterior de la cabeza quedaba ligada como he dicho antes a la columna vertebral y todo tenía un aspecto bastante mineralizado, es decir compacto e inorgánico y no repugnaba demasiado aunque sin duda resultaba inquietante porque había algo activo y vivo en todo aquello y era sorprendente ver cómo la boca después de haberse comido a sí misma seguía comiéndose la cabeza a la cual había pertenecido. Realmente.

—Eso —decía Photynos absorto— me recuerda a la manta religiosa. Es un insecto voracísimo que se come a sí mismo, es decir se come una pata y un élitro y si le sabe bien sigue comiendo hasta que no le queda sino la boca y el abdomen. ¿No es curioso? La boca para comer, todavía, y el abdómen para depositar lo comido. Un insecto solsticial, ese.

Tenía yo ganas de reír viendo a Photynos que miraba fijamente al cadáver para ver desde diferentes ángulos el proceso de la desintegración. Con ojos redondos de asom-

bro. Pero se oyó una campanada en la torre —un doble a muerto— y luego los pasos de alguien que llegaba arras-trando los pies. Era el sacristán que acudía desmelenado y en chancletas, con medio cigarrillo apagado colgando del belfo y la cara abotagada por el sueño:

—¿Se puede saber —preguntaba, agresivo— qué clase de *juelga* es ésta?

Yo me puse muy serio y Photynos respondió:

—Hemos entrado a rezar un momento. Las iglesias son para rezar.

—Y a dejar los piojos si a mano viene. Porque tú debes tener piojos.

—No —dije yo—. No es lo que parece este hombre. Cultiva la humildad por virtud.

La cabeza de Trinidad seguía desintegrándose y no le quedaba sino la frente y un ojo. Yo pregunté al sacristán:

—¿Qué sucede con el muerto?

Los tres mirábamos al ataúd. En los bordes de la piel se veía como un burbujeo minúsculo a medida que la des-integración avanzaba. El sacristán se acercó a mirar y dijo de mala gana:

—Es que mi mujer puso demasiada cal viva en el ataúd. Una paletada encima de un hombro basta, pero ella puso una en cada lado de la cabeza y dejó el ataúd abierto. Es decir dos cosas que no hay que hacer. Y ahora toda esta *juelgä*. ¿Qué miran ahí? ¿No han visto nunca un muerto?

Cogió la cubierta del ataúd y fue a ponerla encima; pero no acertaba porque tenía clavos y tornillos que no encajaban en los orificios del borde. Nos pusimo a ayudar-le pero él rechazó nuestra ayuda:

—Apártense, que no es decente pasarle la sombra del propio cuerpo por encima de la cara a un difunto de supo-sición. Comandante era el occiso Trinidad de una isla y

tenía su salario y gajes y emolumentos y dietas de viaje y si cierro el ataúd es por respeto y para que se acabe la *juelga*. Hala, fuera de aquí he dicho.

Luego el sacristán se disculpó conmigo y dijo que sólo quería echar al harapiento. Yo inicié la salida tratando de llevarme a Photynos, quien obedeció un poco a rega-ñadientes aunque aceptando que dentro de un templo no es prudente discutir con el sacristán. Una vez en el atrio me preguntó:

—¿Lo conoce, a ese?

—No. ¿Qué motivos tengo yo en la vida para conocer a un sacristán por muy honesto y meritorio que sea?

En el domo de la catedral silbaba un buho. Dijo Pho-tynos cambiando de tema:

—¿Sigue siendo para usted un problema el dinero de la lotería? Lo digo porque puede tirar por ahí el que le quede. Por las bocas de desagüe de las alcantarillas.

—No me gusta tirarlo, pero tampoco querría volver con él a los Estados Unidos. ¿Lo quiere usted?

—No, yo no. Es suyo. Lo que podría hacer es regalar-lo, ese dinero. ¿Con qué fin? Pues naturalmente con el fin de acelerar un poco la combustión, digo la oxidación de algunos individuos. ¿Vió usted lo que pasaba con la cabeza de Trinidad? Pues algo parecido les sucede a todos los seres vivos. Confieso que México es un lugar ideal para acelerar la combustión, digo la oxidación de algunos in-dividuos. ¿Vió usted lo que le pasaba a la cabeza de Tri-nidad? Pues algo parecido les sucede a otros seres vivos. Confieso que México es un lugar ideal para eso: acelerar la combustión.

Entramos otra vez en el taxi y el chófer al ver a Pho-tynos con su lamentable disfraz comenzó a gruñir y cuan-do arrancó el coche lo hizo de tal modo que pareció saltar como un caballo de carreras. Volvió a andar en zig-zag por

el Zócalo en medio de aquella fantasmagoría de luces que no iluminaban nada, que sólo se iluminaban a sí mismas para hacer destacar más las sombras de alrededor y sobre todo las del centro de la plaza. Photynos hablaba:

—Lo único que piden los mexicanos es que se les deje quemarse en su propio fuego y a su manera. Y tienen razón. Es lo que trata de hacer cada cual en el mundo, lo mismo en oriente que en occidente. ¿Hace falta dinero? No tanto. Hay placeres simples y delicados: por ejemplo adquirir y regalar superficies de papel brillante y coloreado. Los indios antes de la colonia fabricaban papel de colores y le daban a ese papel importancia decorativa y a veces religiosa y hoy todavía se la dan. Yo compré hace dos días un ramo de flores en el mercado y la india que me las vendió estaba sentada encima de un paquete de hojas de papel de seda color rosa. Una vez elegidas las flores y formado el ramo sacó de debajo del trasero una de aquellas anchas hojas, pero cuando iba a envolver las flores el viento se la quitó de las manos y el papel voló por el aire y se perdió por encima de las azoteas de las casas. La india lo veía volar en éxtasis y al final suspiró de placer y dijo: ¡Qué lindo ángel! Era lindo porque sobre el azul del cielo el color rosa hacía muy bien. La india o mestiza decía que era un ángel y aquella manera de establecer una semejanza era también una pequeñita oxidación solar. Regale usted ese dinero por ahí esta noche y verá cómo cada uno de los hombres que lo recibe perderá la gravedad (esa tremenda gravedad de los hombres del valle de México). Con el dinero serán flotantes, fluidos y ligeros como el papel de seda de color rosa que parecen fresco sobre el azul y entonces podrá hacer una experiencia interesante. ¿Sabe usted cuál? La de la ingratitud humana. O tal vez me equivoco. No es ingratitud sino el choque de lo incongruente, que produce en muchas per-

sonas un movimiento de inhibición. Por eso ni uno solo de los individuos que reciban de usted una cantidad mayor de cien pesos le dará las gracias. Alguno tal vez aceptará el dinero y se ofenderá. Otros lo rechazarán. Y tal vez todos hablarán mal de usted a sus espaldas. Y no es un hecho peculiar de México sino común a todos los pueblos del planeta. Así es que no se haga ilusiones.

Allí, en el centro de la plaza inmensa nos quedamos en silencio otra vez dentro del taxi oyendo palpar al motor. Habló Photynos otra vez:

—Esas luminarias son también luz del padre Helios. La electricidad viene de aquellas manchas oscuras del sol que son inmensos e incalculables generadores —y mirábamos los cuatro frentes de la inmesa plaza sembrados de millones de lamparitas eléctricas que contorneaban tejados, azoteas, balcones, portales, arcos, torretas y cimborrios—. Dirá usted que es electricidad industrial, pero la industria no inventa la energía sino que la descubre y canaliza. Esa energía estaba en alguna parte. Allí —en las manchas solares— estuvimos también nosotros, allí estamos potencialmente y allí estaremos, es decir allí volveremos. Bajo la acción del viejo padre amarillo se agruparon los átomos que forman mi nariz y se desintegrarán un día para ir a formar la nariz de otro. ¿Qué dice? ¿Si soy yo el *tonatio*? Yo no digo nunca que sí ni que no, pero Trinidad recostado contra el muro de un banco y fumando mariguana era alguien y caído en la marisma era más aún y ahora en el túmulo usted lo ha visto con sus mejillas hirviendo en las pequeñas burbujas de la cal. Y todos eran estados parejos de oxidación.

Decía “parejos”, como los verdaderos mexicanos. “...*Que la boca se come ya a sí misma*. ¿Qué hacen nuestras bocas sino comerse a sí mismas cuando no pueden ya comer otra cosa? No besarse a sí mismas, sino

comerse. El prieto Trinidad —lo llamamos prieto aunque no es negro, sólo por lo curtido y tostado de su piel— ya no comerá nunca nada, pero la boca hecha para comer sigue comiendo. ¿Qué quedará de ella? Nada. Ni siquiera el recuerdo porque no es bastante Trinidad para dejar memoria en parte alguna.”

Recordaba yo al indio de la esquina. De allí nació la idea del compadre Trinidad. El griego Photynos me decía que en México sucedían las cosas menos previsibles y que todo (de una manera u otra) era en aquel país un eco y una consecuencia solar. De ahí su extraña originalidad y su ocasional grandeza. “En todas partes del planeta la vida es una consecuencia del padre sol, pero en ninguna de un modo tan inexcusable, obvio y directo como en México.”

—Aquí casi todas las formas de actividad tienen un sentido orgiástico como el conducir un coche, el enterrar a un muerto o el encontrarse con un viejo amigo. Sin necesidad de pensar en el amor, en la guerra o en otras formas exaltadas de la realidad. La orgía no es más que una afirmación luminosa. Uno es un testigo placentero y doloroso, todo a un tiempo, de la orgía, en este país, aunque sea una orgía como la de Trinidad. Bien, se ha dicho mil veces que en este país la muerte natural es esa: muerte violenta y orgiástica, pero usted habrá observado que nadie tiene miedo a esa muerte, a ninguna clase de muerte. Las bocas se comen ya a sí mismas mucho antes de morir, como si se tratara de adiestrarse en una tarea que tendrán que hacer un día. Usted ve lo que pasa esta noche entre nosotros. Vamos, venimos, hablamos, encontramos cosas inverosímiles que sin embargo debemos aceptar y creer porque estamos siendo testigos y no hay manera de negarlas. ¿Qué hacen nuestras bocas sino comerse a sí mismas? —repetía Photynos como un disco rayado— ¿Y qué

hacen nuestros corazones y sobre todo qué sucede en nuestro plexo solar especialmente en el mío? Al sol, nuestro padre que está en los cielos, todos los pueblos lo adoran en una forma u otra. Pero ¿qué hace usted? Le hablo a usted, chófer. ¿Por qué ha detenido el carro? (El chófer que se había detenido realmente, sin saber por qué, volvió a sus locas carreras.) El sol es lo primero que el hombre con su sabio instinto adoró en su vida. El niño al nacer busca con los ojos cualquier luz, cualquier resplandor y todos son ecos más o menos lejanos y débiles pero siempre directos del sol. No me interrumpa. Aquí estamos ahora en el centro de la noche. Ahí, en el lado derecho, está la catedral. Yo no sé si mis ideas van a chocarle demasiado y si es así le pido perdón de antemano. Yo sería considerado un hereje en todas las iglesias especialmente en la mía, ortodoxa griega. Pero Cristo igual que Dionysos es un mito solar. El profesor Dupuis dice que un dios nacido de una virgen en el solsticio de invierno y resucitado en la pascua en el equinoccio de primavera, acompañado de doce apóstoles (el número doce es común a todos los cultos heliosísticos) en medio de las doce constelaciones, los doce signos del zodiaco, los doce meses del año, las veinticuatro horas (doce horas dos veces) del día es un glorioso continuador de las religiones más antiguas. Yo lo sabía antes que el profesor Dupuis (que a su vez es un buen católico). ¿Quién no lo sabe en el mundo? Y lo digo con la voz que me presta el sol mientras este taxi corre veloz gracias a la oxidación del aire dentro del carburador. La gasolina es una linfa solar, también. Y también el jugo de la uva fermentada, que hemos bebido y volveremos a beber. Y su mirada y el recelo del chófer. Aquí estamos, en el Zócalo. Aquí seguimos corriendo arriba y abajo. Desde lo alto de la catedral el carro debe parecer como una rata loca. No sé por qué corre

tanto si no vamos a ninguna parte. Volviendo a lo de antes le digo que el 24 de diciembre en el centro de la esfera armilar aparece un niño en brazos de la madre a quien Erastótenes da el nombre de Isis. El 24 de diciembre la constelación que está en el centro del cielo es Virgo y por eso la madre de Jesús debe ser virgen y esa es la constelación que preside la apertura del nuevo ciclo solar. Esto no lo sabía Trinidad, pero no importa porque sabiéndolo o no la oxidación es igual en el ataúd, en el carburador, en el rencor del chófer y en los brazos de Isis madre de Oro. No me interrumpa, espere un momento aunque le choque un poco. Yo también nací de una virgen y usted y en cierto modo todos, pero todavía no lo entendemos porque nuestra oxidación no es perfecta. Esa es la cuestión. Espere una vez más y no me interrumpa. Estamos aquí en el Zócalo, centro y ombligo del continente occidental, pero lo mismo sucede en Europa. Es lo mismo, créalo. El sol también baja a vivir entre los hombres en aquellos países viejos infestados de ratones de biblioteca propagadores de pestes. Allí el hijo del sol nacido en el solsticio de invierno tiene que permanecer tres meses en los signos inferiores del zodiaco, en la región atribuida al mal y a las tinieblas antes de rebasar el equinoccio de primavera que lo levanta hacia el cenit y le asegura el triunfo sobre la noche. Déjeme hablar, que no he terminado. Durante esos tres meses el sol anda por aquí abajo expuesto a todas las calamidades de la vida humana mortal. Y en ese tiempo yo gozo, como cada cual, la orgía de mi oxidación a solas en el fondo de mi taller de cristalero-espejero-lunero-vidriero. Yo, Photynos el mendigo nocturno, el magnífico burgués trasnochador. Yo a quien usted llama *tonatio* como los indios llamaban a Alvarado (el mayor enemigo que los indios han tenido). Sin embargo y a pesar de todo yo no puedo decir lo que soy. Dígalo usted si quiere. Lo único

que puedo decir es que vendo espejos y que *entro sonando latas al mercado*, yo también. Cristo a quien adoran dentro de esta catedral nace no en Belén sino en los Vedas y antes de los Vedas. Entre los del lejano grupo de Neandhertal y muchos milenios antes. Y ahora la catedral se llena del olor agrio de las cuevas en el bajo paleolítico que era el olor de cal corrosiva y de materia orgánica quemada, progresivamente. Dice San Juan en su evangelio que el Verbo era la luz y la vida, la luz que ilumina el ojo de todos los mortales y la luz y la vida del mundo. Y también el Verbo entraba sonando latas al mercado, digo al de Jerusalén en la pascua judía. Enamorado, como Trinidad. Enamorado, como usted, de la vida. Enamorado como lo está el fuego hijo del sol de todas las cosas. Ahí dentro está el *igni* sánscrito —el fuego— o el *agnus* latino —el cordero—. Y también ellos son oxidaciones como nosotros, solo que mucho más activas. ¿No le parece? Activas en el reverso de la pasividad de lo absoluto.

Yo estaba impaciente. Nunca me ha gustado esa manera de hablar. El señor Photynos me hacía asomarme para admirar todavía las luminarias desde diferentes ángulos. Y recitaba repitiendo:

... *con saya roja aunque se es varón.*

—También al dulce nazareno —añadía el griego— le ponen a veces una saya roja aunque se es varón por la devota simplicidad de la gente. Él y yo somos hermanos, de veras. Bueno, todo el mundo lo es, religiosamente hablando. Yo vengo al mundo de una manera y Él de otra, pero aquí nos reunimos y atendemos a nuestra propia ignición. El indio de Tehuantepec y el de Guadalupe bailan por el *tonatio* y por Jesús al mismo tiempo y están más en lo justo que los sacerdotes de Atenas o de Roma o de Alejandría. No se ría, que hablo en serio. Son el mismo

ser con la única diferencia de que el *tonatio* sólo baja a la tierra cuando el cielo está nublado. Y por ahí se andan —nos andamos— juntos. También él tiene un chaleco de raso y un plexo solar donde se cruzan docenas de nervios y venas de colores. No me diga que no. Por otra parte y volviendo a lo práctico y realista yo le he dado a usted dinero y debe usted escucharme y me está escuchando con alguna clase de respeto y gratitud. El *tonatio* y Buda, y el Cristo y Mahoma Trinidad en su isla, en la marisma o en el ataúd son una misma oxidación como usted y como yo. Como todo lo que vive y se consume viviendo. Lo que trato de decirle es que nuestras oxidaciones son paralelas y no convergentes. Usted pregúntese a sí mismo y respóndase a sí mismo de modo que su boca se coma a sí misma también —es una manera de referirse a su egocentrismo— como la de Trinidad. Ese es el punto más intenso de la oxidación de cada cual, cuando se hace a sí mismo las preguntas clave, no cualquier clase de preguntas. Por ejemplo y disculpe la aparente superficialidad de ese ejemplo: ¿Cuánta cal viva necesita el hombro derecho? ¿Y cuánta el izquierdo? Esas son las verdaderas preguntas substanciales y esenciales. Es decir preguntas vitales y preguntas mortales. ¿No cree usted?

Yo no sabía qué decirle. Ni quería darle la razón ni quería decepcionarle con alguna clase de discrepancia en una cosa que tomaba tan a pecho. Lo que decía lo escuchaba yo sin embargo con respeto, como una traducción en prosa de mi poema. El taxi se detuvo y en aquel momento yo lo despedí diciéndole al chófer que se quedara con el cambio. El pobre hombre nos miraba con el mismo recelo o tal vez con un recelo mayor y se marchó sin darme las gracias (*Photynos* tenía razón). Nos quedamos mi amigo y yo solos en el centro de la plaza.

—Es bueno estar solos, ¿eh? —dije—. Es decir sin

terceras personas que oyen. Porque las opiniones de usted son verazmente escandalosas y requieren un auditorio con alguna disposición receptiva.

Me miraba *Photynos* en silencio aunque con la expresión del que piensa: “No sé por qué.” Nos sentamos en el suelo pensando en la cantidad de cal viva necesaria para que la oxidación continuara después de haberse acabado la de nuestra palabra, nuestro sentir, nuestro pensar y nuestro mirar. *Photynos* era mucho más gordo que yo. Bastante más gordo, ya que no se puede decir que yo lo sea, realmente. Es muy probable que *Photynos* necesite dos paletadas en uno de los hombros, en el izquierdo, que es el lado donde la mayor parte de los que vienen a la tierra suelen tener la viscera que rige, preside y ordena nuestras oxidaciones. O tal vez la oxidación de *Photynos* continuará eternamente. Esa es la impresión que tengo cuando veo por la calle esas parihuelas conducidas por cuatro hombres que llevan en el centro dos enormes cristales inclinados. Esas parihuelas me parecen el palanquín de *Photynos* que lleva entre los dos cristales enormes el alma fluida del prieto Trinidad como en un sandwich ambulante de aire crudo.

JORGE GUILLÉN

OTROS POEMAS

CeDInCI

CeDInCI

EL BALANCE

Pasan los años y el fatal balance
Se impone ya a los más desprevenidos.
¿Qué me propuse, qué logré, qué alcance
Tuvieron mi agudeza, mis sentidos?

Es inútil que un modo siempre astuto
De mentirme despliegue sus sofismas.
Con la verdad al fin ya no disputo.
Mis ilusiones hoy no son las mismas.

¿Me queda la ilusión de ser yo mismo
Quien vale más que el propio resultado?
La experiencia retorna al catecismo.
Mi ser es mi vivir acumulado.

Si se perdió un gran don, si no fue nada,
Para consuelo crecerá el orgullo.
Una potencia así despilfarrada
Favorece monólogo y murmullo.

El de veras humilde pone el peso
De su ser en su hacer: yo soy mi suma.
De pretensión a realidad regreso.
Pulso del oleaje espuma espuma.

AL MARGEN DE SEM TOB

MUCHOS EN UNO

Llega hasta el alma mía
Voz sagaz de judío
Con la sabiduría
Del hombre que es un río.

I M A N E S

*Si non es lo que quiero,
Quiera yo lo que es.*
Coplá 48

Aparto las quimeras.
Nunca me atrae el cero.
Algo existe de veras.
Por eso vivo y muero.

ARTE DE CALLAR

—Secreto con silencio son los nidos
En que late una vida concentrada.
—¿Si tal reserva ya no fuese nada?
No creo en los tesoros escondidos.

SUSANA Y LOS VIEJOS

Furtivos, silenciosos, tensos, avizorantes,
Se deslizan, escrutan y apartando la rama
Alargan sus miradas hasta el lugar del drama:
El choque de un desnudo con los sueños de antes.

A solas y soñando ya han sido los amantes
Posibles, inminentes, en visión, de la dama.
Tal desnudez real ahora los inflama
Que los viejos se asoman, tímidos estudiantes.

¿Son viejos? Eso cuentan. Es cómputo oficial.
En su carne se sienten, se afirman juveniles
Porque lo son. Susana surge ante su deseo,

Que conserva un impulso cándido de caudal.
Otoños hay con cimas y ráfagas de abriles.
—Ah, Susana. —¡Qué horror! —Perdóname. ¡Te veo!

ANGELUS SILESIUS

Der Cherubinscher Wendersmann
Imitación

LA ROSA ES

La rosa es sin por qué,
Florece porque sí,
No merced a su fe.
No hay rosa zahorí.

CUATRO ESTACIONES

Invierno obra mal en el frío,
Primavera inicia sanción,
Estado de gracia es ya estío,
Y el otoño, la perfección.

CRIATURAS

Perfección sin fin:
De oro arcilla hermana.
Tan bella la rana
Como el serafín.

CITERES

Un voyage à Cythère.
BAUDELAIRE.

Citeres ¿dónde está? Ningún amante
La vio surgir del mar con sal de Grecia.
Van a Citeres sólo quienes ante
Sí ya sus propias islas ven. Arrecia

Muy remoto el amor en un verano
Que al amante arrebató con la amada
Más dentro de ese mundo que no es vano:
Erige realidad contra la nada.

Será pasando efímero el momento,
Precaria obra maestra la aventura.
¿No se cumple tal vez el juramento?
Hay dicha así. No eterna, dura, dura.

Aunque lo borre el tiempo, fue valioso
De veras en su luz aquel pasaje
De un henchido presente sin un poso
Que a la delicia enturbie ni rebaje.

Da, Señor, al amor la valentía
De contemplar, feliz, el cuerpo amado.
A una verdad posible se confía
Quien tras ella se arroja enamorado.

MAX AUB

PAREMIOLOGIA
PARTICULAR

CeDInCl

CeDInCl

El que espera, desespera.

Contra viento, marea.

Dando, todo llega.

El que calla se entrega.

¿Quién la ve? El que vela.

¿Quién anda? El que tropieza.

Según el deseo, la grandeza.

Andar para esperar.

A lo tuyo, tú.

Lo que haces, eres.

Sólo la bajeza no tiene límite.

Todo sin fin, menos el hombre.

Lo primero, la meta.

Todo nace de la ignorancia.

Siempre se acaba siendo lo que se parece.

Hasta salirse de sí.

Ni servir, ni servirse del arte.

Nunca es tarde, aunque la dicha sea mala.

Del azar nace lo definitivo.

El que espera no desespera.

Hecho para el hecho y no para el acecho.

Dejar y no dejarse.

Callar nunca fue bueno.

Sólo el que se declara vencido perece.

Ser molino, no molienda.

Que te sirva el aire.

El meollo está en la epidermis.

Tres reinos en este mundo: el pasado, el presente y el futuro; todos en uno.

Escogidos, al azar; pero escogidos. No olvidarlo; aun en lo peor, acordarse de ello.

Pasarse en todo y de todo.

Ser puente: todo ojos y buenos espolones.

Ver la cara y el envés.

Hacer sombra y no estar en otra.

El genio es cuestión de pies.

Siempre queda el remedio de hablar mal de la gente.

Tres clases de hombres: los que cuentan su historia, los que no la cuentan, los que no la tienen.

Todo está por hacer: hagas lo que hagas, nunca se hizo.

Primero fue el silencio.

Conocimiento es saber; conocerse, arte.

Todo es poco (todo es —siempre— poco), y, el revés, naturalmente, también es cierto.

La casualidad no tiene madre conocida.

Se escribe para vivir.

En la duda no te abstengas nunca.

Siempre se es el padre de sí mismo.

Como no sabemos a qué hemos venido, algo hay que inventar.

Grandeza del hombre: su impotencia.

¿Qué hizo Dios el octavo día?

Se pierde siempre por aproximación.

El artista es el único ser que paga su muerte a plazos.

Cada quien cree lo que puede.

Cada día entierra al anterior.

Cada quien, según él.

Sabido es que AMOR, invertido, da ROMA; no se ha señalado que AZAR, al revés, se lee RAZA.

Sobreponerse, siempre.

Se escribe para iguales.

Donde hay mugre, hay fe.

Dios, el librepensador por antonomasia...

ENRIQUE DíEZ-CANEDO-ALFONSO REYES

Correspondencia, 5

JUAN REJANO

Poesías, 23

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

Inéditos, 35

RAMÓN SENDER

El Tonatio (Historia de un soneto), 53

JORGE GUILLÉN

Otros poemas, 101

MAX AUB

Paremiología particular, 109

SE ACABO DE IMPRIMIR *LOS SESENTA*
EN LOS TALLERES DE UNION GRA-
FICA, S. A., AV. DIVISION DEL NOR-
TE, 1521, MEXICO 13, D. F. LA EDICION
CONSTA DE 1,000 EJEMPLARES.

EJEMPLAR NUM. 332

CeDInCI

CUATRO NUMEROS AL AÑO

Precio por ejemplar:

México	\$ 20.00
Otros países de América y España	Dls. 1.80
Europa y otros Continen- tes	Dls. 2.15

Suscripción anual (cuatro números):

México	\$ 65.00
Otros países de América y España	Dls. 6.00
Europa y otros Continen- tes	Dls. 7.50

CeDInCI

*Distribuidor exclusivo para
España:*

EDICIONES JOSÉ PORRÚA
TURANZAS

Bravo Murillo, 60

MADRID 3 (España)

EDICION DE MIL EJEMPLARES
QUE NO SERAN REEDITADOS

CeDInCl